

EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

DISCURSO

MODERNA LIBRERIA RELIGIOSA
JOSE L. VALLEJO S. EN C.
SAN JOSE EL REAL NO. 3.
MEXICO.

BX4700

.T4

M3

C.1

009129



1080021274



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

DISCURSO

LEÍDO EN EL CERTAMEN LITERARIO

CELEBRADO PARA SOLEMNIZAR

EL TERCER CENTENARIO DE LA GLORIOSA MUERTE

DE

SANTA TERESA DE JESÚS

FOR

EL R. P. LUIS MARTÍN

DE LA

COMPañIA DE JESUS



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
Biblioteca Valverde y Torres

BILBAO
IMPRESA DEL CORAZÓN DE JESÚS

Muelle de Marzana, núm. 7

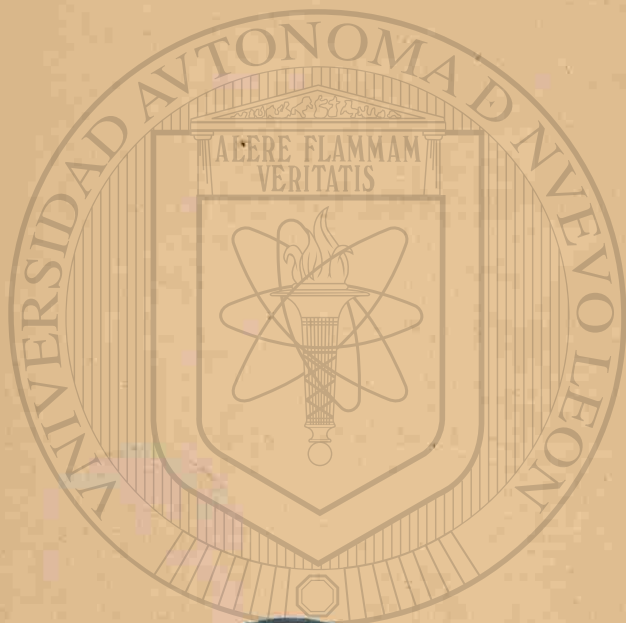
1898

45690

BX4700

.T4

M3



FONDO ENTERIO
VALVERDE Y TELLEZ

EXCMO. É ILMO. SEÑOR (1):

1. Siempre las almas grandes, amamantadas á los pechos de la Iglesia Católica, han sido las que más alto han rayado en concepciones sublimes y arranques generosos. Del lado acá de la Cruz la historia está sobre este punto en consonancia con la razón; y lo que aquella nos testifica haber acontecido, eso imprescindiblemente debía acontecer. Porque, si bien es cierto que el genio no es planta exclusivamente indígena de ningún país, ni patrimonio de raza, sino que ha germinado siempre al calor de todos los soles y crecido bajo el influjo de todos los climas; no lo es menos que sólo en el campo feraz del catolicismo se aclimata por ley común, y florece y fructifica con todo su vigor nativo. Los genios sin fé jamás consiguen remontarse á las serenas é imperturbables altu-

(1) El Excmo. Sr. Obispo de la diócesis presidía el acto.

009129

ras de la verdadera sabiduría, y, cuando lo pretenden, véñse forzados, primero, á consumir gran parte de sus fuerzas en romper la nube de preocupaciones que entre ellos y la verdad se interpone, y luego, á cargar con todo el peso de la pasión que abate su vuelo, no dejándolos nunca sorprender aquellas luminosas regiones, ni menos cruzarlas á su sabor y contemplarlas con perfecto y cabal desembarazo. La Religión Católica, por el contrario, lejos de deprimir el vuelo del ingenio, le despeja el camino para que libremente se explaye, poniendo á sus pies las pasiones que obstinadamente le combaten, encauza luego todo el torrente de su energía; y cuando, vagando ya por las interminables regiones del saber, comienza á faltarle aire puro que respirar y el peso de sus propias alas le abate, la fé viene en su ayuda, da nuevo brío al espíritu que desfallece, y, descubriendo á su vista desconocidos horizontes, continúa elevándole con su poderoso empuje hasta encumbrarle á esferas jamás cruzadas por el genio humano, abandonado á sus propias fuerzas. Por eso la historia de la humana inteligencia no es más, si bien se considera, que la historia de dos grandes y encontrados ejércitos; el del error, compuesto casi siempre de gente allegadiza, alistada en los campos de la ignorancia y el desfreno, capitaneada por corazones enérgicos que el vicio degradó ó genios ilustres que la pasión obcecó; y el de la verdad, el grueso de cuyas filas lo componen las inmensas muchedumbres partidarias de la probidad y el sentido común, y á cuyo frente de trecho en trecho campean las más colosales inteligencias

y los más generosos corazones de que se gloria el linaje humano.

2. Pues bien, uno de estos entendimientos pujantes y uno de estos briosos y enérgicos corazones, es la Santa cuyos escritos doctrinales me propongo examinar en la presente disertación. Su valor literario está muy por encima de los tiros de la crítica; y en medio del conflicto de opiniones que su lectura puede suscitar, sobrenada siempre la verdad de un hecho incontrovertible para todos, y hasta el día de hoy incontrovertido: el mérito verdaderamente excepcional que todos los sabios les reconocen. Y es que, en efecto, hay en las obras de esta Virgen reclusa, sacada contra su voluntad á los juicios de los hombres, algo parecido á un poder magnético. No importa que cerebros enfermizos desbarren al recorrer sus inspiradas páginas; trastornados y todo, los subyugará el influjo fascinador de su lectura, sentiránse arrastrados de irresistible amor hacia ella, y, mal de su grado, confesarán lo que todos hasta ahora han confesado: su grandeza.

3. Mas esta misma incontestable grandeza que yo intento bosquejar, es la que hace vacilar mi pluma y llena de abatimiento mi espíritu. Porque, si el embarazo del pintor al trasladar al lienzo la imagen de un alma noble es siempre grande, y tanto mayor, cuanto más puros y celestiales son los afectos que han de ir tomando cuerpo bajo el pincel; conjeturad cuál será mi recelo al tener que penetrar en el interior de un

alma como ha habido pocas, y describir aquel templo de la divinidad, iluminado siempre por ráfagas de luz deslumbradora, y embalsamado con perfumes de amorosos y sobrenaturales deliquios. ¡Oh, sí! El retrato de Teresa de Cepeda, con su alma limpia y transparente como el agua manantial, con su entendimiento vigoroso y fuerza de voluntad nunca vencida, es ya por extremo difícil; mas el retrato de Teresa de Jesús, es decir, de Teresa de Cepeda, endiosada por el fuego del amor divino, es imposible, por lo menos á mi tosco y desaliñado pincel. Sube de punto mi compromiso al tener que dirigiros la palabra, no solamente sobre un asunto superior á mis fuerzas, sino también después del brillante cuadro en que habéis visto desfilas una por una delante de vuestros ojos las más gigantes figuras de nuestro siglo de oro y las más grandes lumbreras de nuestra historia literaria. Los anales del mundo no registran quizás ni una sola centuria tan portentosa por sus hazañas y catástrofes como la XVI; y España era el corazón con que la Europa cristiana entonces latía. Pues esa edad, tan fecunda en grandes hombres, tan hazañosa en sus empresas, tan legendaria en sus triunfos, bélicos y literarios, artísticos é intelectuales, es la que habéis visto elocuentemente retratada en la fiel revista de teólogos y canonistas, oradores y jurisconsultos, guerreros y magnates, que mi digno condisertante acaba de hacer. Después de tan gratos y para nosotros ya casi romancescos recuerdos, ¿qué interés podrán despertar mis palabras al examinar los rápidos apuntes de una monja sin estudios, retirada del comercio social, absorta casi siem-

pre en el propio conocimiento y abandonada con frecuencia á los amorosos transportes de la teología mística? ¿Qué conceptos podré yo formular sobre tan árida materia, que paladeé con gusto vuestro ingenio, cuando estáis todavía saboreando el dulce dejo de esas frases, en que vuestro corazón de españoles y salmantinos ha apurado hasta las heces de vuestra gloria? Preciso es, por consiguiente, que yo reclame indulgencia de vuestra parte; y concretando más y más la materia para eliminar dificultades, me circunscriba á exponer los títulos que á la penitente Carmelita asisten para merecer el dictado de Madre Espiritual, con que la Iglesia la apellida, ó el de Doctora Mística, con que la aclaman á una voz los sabios de todas las Escuelas (1).

4. El faro que alumbra los pasos del alma en su rumbo hacia Dios, no es más que uno, la Teología. Las partes, empero, de esta ciencia sagrada, que esclarecen tan peligroso derrotero, son tres: la *Moral*, que, declarándonos el sello de bondad ó de malicia impreso por Dios en las acciones humanas, nos muestra como con el dedo cuales son los escollos de la culpa que debemos evitar; la *Ascética*, que nos amaes-

(1) No es mi intento exponer una por una las dotes que, para ser Doctor, la Iglesia exige; sino únicamente la que se refiere á su doctrina. El abarcarlas todas sería extenderme demasiado; por lo cual, y por no tomar como argumento de este discurso lo que constituye un tema especial del certamen, prescindo de las demás.

tra para navegar á fuerza de remos por el ejercicio de las virtudes, cuya esencia define, cuyos actos clasifica, cuyo encadenamiento patentiza; la *Mística*, en fin, á la cual incumbe dirigir el alma, cuando elevada ya á regiones superiores y engolfada en el piélago de la divinidad, corre á vela henchida por mares desconocidos, alentada por el soplo divino, que viento en popa la acaricia. Todas estas tres partes de la ciencia teológica arrancan del Dogma y estriban en él como en sólido fundamento, siendo las verdades reveladas como otras tantas estrellas fijas que nunca hay que perder de vista, para no extraviarse y perecer víctima de funesto engaño.

5. Prefijadas así estas ideas, comienzo por asentar, sin peligro de ser desmentido, que Santa Teresa de Jesús da por supuestas en sus escritos la *Dogmática* y la *Moral*, desflora con admirable concisión la teología *Ascética*, asentando las piedras angulares sobre que está basada; y, entrando resueltamente por el dilatado campo de la *Mística*, le recorre con paso firme y sereno, describiéndonos sus prados amenos, sus árboles frondosos, sus sendas cubiertas de flores nunca marchitas, y sus aguas purísimas, que, manando del seno mismo de la divinidad, riegan aquellas deliciosas mansiones y las cubren de eterno verdor. No faltarán acaso quienes, apasionados admiradores de la Santa, tengan por osado en demasía el afirmar que la insigne escritora prescinde por completo en sus escritos de la *Moral* y el *Dogma* católicos, considerados como *ciencia*; ni tampoco quienes, deseando

concordar la fisonomía de la Santa con la de los eminentes teólogos que trató, y el título de Doctora con aquellos gloriosos tiempos en que se escribían infolios lo mismo que ahora se escriben folletines, poetizan sobre Santa Teresa, fingiéndosela á guisa de Bachiller en artes ó Maestro de Teología, ocupada en ergotizar acerca de cuestiones metafísicas. Los que tal creen, ó son novelistas eruditos de allende los Pirineos, que disertan sobre la Santa sin haberla leído, ó entusiastas crédulos y mal aconsejados de aquende, que, deseando engrandecerla, la empequeñecen y deprimen. No necesita nuestra Doctora Mística engalanarse con ajenas plumas, como el ave de la fábula, para aparecer ante los ojos del mundo radiante de hermosura; y por lo que á mí hace, soy de opinión que, para formarse cabal idea de su doctrina, es preciso comenzar por negarle los falsos títulos, en que su gloria ni puede ni debe cimentarse. Hay, es cierto, en sus obras conceptos profundos é ideas madres, que sintetizan lo que en vastos tratados apenas logran darnos á entender las mejores plumas de nuestros teólogos; y el alma sencilla que las lee, herida por esos relámpagos de luz, columbra en lontananza regiones luminosas adonde ni los más valientes ingenios á veces se remontaron. Así nos describe los efectos del pecado diciendo, que *tizna el espejo del alma, de manera que no puede reflejarse en ella la imagen de Dios* (1); así con rasgo sublime dice del demonio que *es el ser que no puede amar*; así define la humil-

(1) Mor. I.^a, cap. II.

dad con aquella expresion sencilla al mismo tiempo y enérgica, que su pluma ha hecho proverbial: *La humildad es andar en verdad* (1); así sabe distinguir entre el amor y la potencia volitiva que le produce, diciendo de él: *Es la sacta que la voluntad envia y hiere á Dios, y torna de allí con grandes ganancias* (2). ¿Qué más? Las impalpables sombras en que se envuelve la esencia divina y encubren el misterio de la Trinidad beatísima, los reconditos arcanos de la gracia y del orden sobrenatural, la vaporosa niebla que entenebrece el abismo de la culpa, todo se ilumina con los resplandores que arroja su pluma inspirada; pero ni la humilde escritora tuvo jamás la pretensión de condensar estas verdades en un cuerpo de doctrina sentando principios y deduciendo consecuencias, ni entró en los planes de Dios el henchir su entendimiento de abstracciones metafísicas y teóricas sutilezas. Amaestróle sí para la perfección de la vida práctica, abriendo escuela en el interior de su alma nobilísima, haciéndole conocer las vueltas y revueltas, entradas y salidas del pobre corazón humano, y disponiendo á este fin los sucesos de su vida con tal arte, que no hubiera en el camino de la virtud dificultades con que no tropezase, peligros en que no se viese, amarguras que no devorase, emboscadas, en fin, y tempestades horrendas de que no triunfase. Dios aquí fué su maestro, la oracion sus armas, el palenque el claustro, su adversario el propio corazón. Des-

(1) Mor. 6.^a, cap. x.

(2) *Conceptos de amor divino*, cap. vi, párr. 6.^o

bordáronse por espacio de muchos años las amargas olas de la tribulación sobre aquel espíritu entero, y entre zozobras y sobresaltos aprendió la escondida ciencia de dirigir las almas á Dios, como aprende el marino entre borrascas á dirigir al puerto la contrastada nave. Mas, por lo que hace á la formación literaria de su espíritu, ¿qué maestros tuvo? ¿á qué aulas asistió? ¿qué infolios manejó? Suprimidle el breviario y los devotos libros en romance; nada tomó en las manos que pudiera, no digo introducirla en la mansión de la sabiduría universitaria, pero ni aun franquearle la entrada á ese templo del saber humano. Y ésta, entre otras, es sin duda la razon porque buscaba solícita el trato y dirección de los hombres sabios, hasta tal punto, que apenas recuerda la historia de aquellos tiempos un hombre ilustre, cuyo saber y prudencia no utilizase la Santa para la prueba y dirección de su espíritu. Dejemos, pues, esos laureles de la escuela para ceñir las sienes de la famosa doña Oliva ó de la no menos renombrada doña Beatriz Galindo; pero no arranquemos de la frente de la Doctora abulense la mística aureola que la circunda y es su más preciado emblema, para trocarla con otras coronas que ella siempre despreció, y las cuales, si no la afean, menoscaban por lo menos el esplendor de su gloria.

6. Y ved aquí lo que la Santa, doctrinalmente considerada, no fué: pasemos ahora á desentrañar cuál es el carácter distintivo de su ciencia y lo que

constituye, por decirlo así, su genialidad propia. ¿Qué fué Santa Teresa de Jesús? Fué, responderemos con sus obras en la mano, la historiadora de su *Vida* y de las *Fundaciones*, la autora del *Camino de perfección* y de los *Conceptos de amor divino*, y ante todo, y sobre todo, fué la escritora de las *Moradas*.

7. Yo no sé si me equivoco y es ilusión de mi fantasía lo que tengo por convicción íntima y verdad inconcusa; mas, en mi entender, el libro de las *Moradas* es la expresión más genuina de su espíritu, la creación más valiente de su endiosada inteligencia, y un tesoro inexhausto de riquezas, donde encerró todo el caudal de sabiduría con que la oración perseverante y la experiencia de largos años la dotaron. No vayáis por eso á creer que tengo en poco los otros escritos suyos; quiero, por el contrario, dejar consignado aquí, que, en cuanto al mérito puramente literario, descuellan á mi ver sobre la presente algunas de las obras antes citadas. La *Vida*, por ejemplo, se aventaja en rasgos sublimes; las *Exclamaciones* en fuego de dicción, el *Camino de perfección* en rigor lógico, y las mismas *Cartas* en sencillez y naturalidad. Sólo prefiero las *Moradas* bajo el aspecto científico y doctrinal, al cual me circunscribo en estos apuntes. Doctrina hay también, aunque incidentalmente expuesta, en los demás escritos suyos; y sucede en esta materia á la Santa lo que á esas personas acaudaladas y pródigas de sus bienes, que por donde quiera que pasan van dejando un reguero de beneficios en pos de sí. Á este modo su pluma, sea que narre ó instruya, reprenda ó

consuele, nada sabe hacer sin derramar á raudales la ciencia de que estaba lleno su entendimiento. Con todo, sus obras doctrinales, propiamente dichas, son principalmente tres: la *Autobiografía*, el *Camino de perfección* y las *Moradas* (1).

8. La primera es una producción sin par en su género. Escribióse sin mirar á ningún modelo, hasta hoy no ha tenido rival, y en el tiempo por venir será la desesperación de todo escritor que pretenda emularla y hablar de sí mismo para legar su retrato á la posteridad. Cuando se piensa que ese libro fué escrito por una mujer que no sabía las nociones más elementales del bien decir, y con tal precipitación, que no corrigió ni una sola frase, ni volvió á leer jamás lo que su pluma impetuosa había una vez escrito, siéntese el ánimo estupefacto y asombrado al ver que trata de asuntos psicológicos con el interés de una novela, y hace anatomía del alma y escudriña los repliegues del corazón, como si hablara de cosas tangibles que ven los ojos y palpan las manos. Más aún: sin períodos, sin arte, sin gramática, supera en atractivo y candorosa ingenuidad, no diré al filósofo de Ginebra en sus confesiones (que ese tal la finge, no la tiene), sino también ¿osaré decirlo? al mismo San

(1) Los *Conceptos de amor divino* pueden y deben ser clasificados también como obra doctrinal; pero las ideas, ligeramente indicadas allí, están expuestas con más amplitud en las obras antes citadas, y por eso prescindimos casi por completo de ellas en este discurso. Lo mismo decimos de muchos capítulos de las *Fundaciones*.

Agustín en las suyas; y esto sin dejar de ser profunda como él, y clara y sencilla acaso más que él. Así y todo, la parte doctrinal de este escrito redúcese sólo á breves capítulos, en los cuales, con belleza inimitable sí, pero también con sobra de concisión, expone las diversas maneras como Dios obra en el alma y coadyuva sus esfuerzos. Bien quisiera no alargarme demasiado sobre este punto, sino apresurar el paso para entrar en el fondo de mi tema, que es la doctrina mística de la Santa; mas, siendo necesario considerarla antes como Doctora ascética, doy principio á este trabajo, entresacando de las tres obras precitadas lo que la insigne Maestra de espíritu ha escrito sobre esta materia.

9. El ascetismo de Santa Teresa, por lo tocante á su vida, está todo encerrado en el primer grado de oración, descrito por ella en todo el cap. XI de la misma. La sencillez y hermosura de este trozo literario es tal, que no puedo resistirme á copiar sus principales rasgos: «Ha de hacer cuenta el que comienza, dice, que comienza á tener un huerto en tierra muy infructuosa, y que lleva muy malas yerbas para que se deleite el Señor. Su Majestad arranca las malas yerbas y ha de plantar las buenas. Pues hagamos cuenta que está ya hecho esto, cuando se determina á tener oración una alma y lo ha comenzado á usar: y con ayuda de Dios hemos de procurar como buenos hortelanos, que crezcan estas plantas, y tener cuidado de regarlas para que no se pierdan, sino que vengan á echar flores, que den de sí gran olor

»para dar recreación á este Nuestro Señor, y así se venga á deleitar muchas veces á esta huerta y á holgarse entre estas virtudes. Pues veamos ahora de la manera como se puede regar, para que entendamos lo que hemos de hacer y el trabajo que nos ha de costar, si es mayor ganancia, y hasta qué tiempo se ha de tener. Paréceme á mí que se puede regar de cuatro maneras: ó con sacar el agua de un pozo, que es á nuestro gran trabajo; ó con noria y arca-ducas, que se saca con un torno (yo la he sacado algunas veces, es á menos trabajo que estotro y sácase más agua); ó de un río ó arroyo, esto se riega mejor, que queda más harta la tierra de agua y no se ha menester regar tan amenudo, y es menos trabajo mucho del hortelano; ó con llover mucho, que lo riega el Señor sin trabajo ninguno nuestro y es muy sin comparación mejor que todo lo que queda dicho. Ahora, pues, aplicadas estas cuatro maneras de agua de que se ha de sustentar este huerto, porque sin ella perderse ha, es lo que á mí me hace al caso y ha parecido que se podrá declarar algo de cuatro grados de oración, en que el Señor por su bondad ha puesto algunas veces mi alma... De los que comienzan á tener oración podemos decir son los que sacan agua del pozo, que es muy á su trabajo, como tengo dicho, que han de cansarse en recoger los sentidos, que como están acostumbrados á andar derramados, es harto trabajo. Han menester irse acostumbrando á no se les dar nada de ver ni oír, y á ponerlo por obra las horas de oración, sino estar en soledad, y, apartados, pensar su vida pasa-

»da... Al principio andan con pena, que no acaban
 »de entender que se arrepienten de los pecados, y si
 »hacen, pues se determinan á servir al Señor tan de
 »veras. Han de procurar tratar de la vida de Cristo,
 »y cánsase el entendimiento en esto... Esto es co-
 »menzar á sacar agua del pozo, y aun plega á Dios
 »la quiera tener; mas, al menos, no queda por nos-
 »otros, que ya vamos á sacarla y hacemos lo que po-
 »demos para regar estas flores. Y es Dios tan bueno,
 »que, cuando por lo que Su Majestad sabe, quiere
 »que esté seco el pozo, haciendo lo que es en nos-
 »otros, como buenos hortelanos, sin agua sustenta las
 »flores y hace crecer las virtudes.» Así explica la
 Santa el primer grado de oración, exponiendo luego
 en los capítulos siguientes, y sobre todo en el XIII,
 las virtudes propias de los que en él se ejercitan;
 apartamiento de las cosas del mundo, mortificación
 en el cuerpo y humildad en el espíritu. Los otros tres
 modos de regar el jardín del alma son el símbolo de
 tres grados de perfección más alta, que la levantan
 sobre la región de la ascética, y me darán materia
 para investigaciones posteriores. Basta á mi propósito
 el hacer observar aquí dos cosas: 1.^a, la hermosura y
 lozania del símil con que sensibiliza concepción tan
 abstracta, y la vívida sencillez de estilo con que le
 expone y aplica; 2.^a, que para formarse cabal idea de
 su sistema ascético, no debemos ceñirnos á las breves
 nociones que aquí nos da, sino que es preciso estu-
 diarle en otros escritos suyos, donde, desenvolviendo
 la misma idea, desciende á particularizar el ejercicio
 de las virtudes, según ella las entendía.

10. En efecto, el *Camino de perfección* es ya me-
 nos sintético. Pone allí como fundamento la práctica
 de la pobreza, tanto espiritual como real; hace después
 avanzar al alma por el desasimiento de todo amor
 terreno, aun del que se tenga á sus deudos, y acaba
 por disponerla al ejercicio de la contemplación, mo-
 viéndola á sacrificar en aras de la humildad, no sólo
 la propia salud y vida, si necesario fuere, sino también
 el aprecio y estima de los hombres. Este perseverante
 batallar contra las tres concupiscencias de que nos
 habla el Apóstol, es, según el sentir de la ilustre
 Maestra, tan necesario para disponerse á recibir los
 dones de Dios, como es en el juego de ajedrez la dis-
 posición de las piezas para triunfar del adversario y
 dar mate al rey enemigo. Ved con qué donosura hace
 aplicación á la vida espiritual de esta comparación
 bellísima: «Creed, dice, que quien no sabe concertar
 »las piezas en el juego de ajedrez que sabrá mal
 »jugar; y, si no sabe dar jaque, no sabrá dar mate.
 »Aun así me habéis de reprender porque hablo de
 »cosa de juego, no le habiendo en esta casa ni ha-
 »biéndole de haber. Aquí veréis la Madre que os dió
 »Dios, que aun esta vanidad sabía, mas dicen que es
 »lícito algunas veces. Y ¡cuán lícita sería para nos-
 »otros esta manera de juego! Y ¡cuán presto, si mucho
 »lo usamos, daremos mate á ese Rey divino, que no
 »se nos podrá ir de las manos, ni querrá! La dama
 »es la que más guerra le puede hacer en este juego,
 »y todas las otras piezas ayudan. No hay dama que
 »así le haga rendir como la humildad. Esta le trajo
 »del cielo en las entrañas de la Virgen, y con ella le

»traeremos nosotras de un cabello á nuestras almas.
 »Y creed, que, quien más tuvier, más le terná, y quien
 »menos, menos» (1). ¿Qué os diré yo de comparación
 tan expresiva? Diré que es digna de la pluma de
 Santa Teresa, y es todo lo que se puede decir. Con él
 pone remate y coronamiento á los quince primeros
 capítulos de este Tratado, en los cuales está á gran-
 des rasgos delineada la senda de la perfección en todo
 cuanto abarca la teología ascética, y esto, no de una
 manera vaga y genérica, como en el libro de su *Vida*,
 sino estudiando palmo á palmo el terreno, definiendo
 las virtudes, exponiendo su práctica, grados y enca-
 denamiento con rigor lógico y pulso admirable.

11. Esto no obstante, y sin rebajar en nada el
 mérito de joya tan preciosa, doy todavía la preferen-
 cia al libro de las *Moradas*, siquier sea por la unidad
 de plan que enlaza armónicamente las partes entre sí,
 por la distinción con que procede, pasando siempre
 de lo menos á lo más perfecto, y por no concretarse
 en la exposición de la doctrina á esta ó á aquella clase
 de personas, sino extenderse más bien á todo linaje de
 gentes, abarcar todos los estados y tener en cuenta
 la diversidad de caracteres é inclinaciones. Este mis-
 mo juicio debía merecer á la Santa Madre el postrero
 de estos escritos, cuando en la carta doscientas se-
 tenta y cuatro, dirigida al P. Fr. Jerónimo Gracián,
 dice, hablando de él y comparándole con el libro de
 su *Vida*: «Páreceme que ese libro (el de la *Vida*)... es

(1) *Camino de perfección*, cap. XVI.

»el grande mío...: á mi parecer *le hace ventaja el que
 »después he escrito* (el de las *Moradas*): al menos
 »había más experiencia que cuando lo escribí.» Y en
 la Morada 4.^a, cap. 1: «Es dificultosísimo de dar á
 »entender (las cosas sobrenaturales), si Dios no lo
 »hace, como en otra parte que se escribió hasta donde
 »había yo entendido catorce años ha poco más ó
 »menos; aunque *un poco más de luz me parece tengo
 »de estas mercedes*, que el Señor hace á algunas
 »almas.» Y en la misma Morada, cap. II: «Podrá ser
 »que en estas cosas interiores me contradiga algo de
 »lo que tengo dicho en otras partes. No es maravilla,
 »porque en casi quince años, que ha que lo escribí,
 »quizá *me ha dado el Señor más claridad* en estas
 »cosas de las que entonces entendía.» Conviene, por
 tanto, estudiar á Santa Teresa de Jesús, bien sea como
 ascética, bien como mística, en el libro de las *Mora-
 das*; no con exclusión de los demás escritos, en los
 cuales encierra también inestimables riquezas de ce-
 lestial sabiduría, sino tomándole por guía principal
 en este camino, y ampliando los puntos ligeramente
 tocados en él con las explanaciones de la misma idea
 que en otras obras nos suministra. Comencemos, pues,

12. Y ante todo cumple á mi propósito advertir,
 como fundamento del sistema doctrinal que trato de
 exponer, y condición precisa para su inteligencia,
 que, según la mente de la ascética Doctora, los di-
 versos grados de oración son otros tantos grados de

perfección evangélica. No concibe la Santa el ejercicio de la oración, como otros místicos ilusos, de una manera abstracta y teórica; no prescinde, como ellos, de la abnegación, ni se olvida de sojuzgar las pasiones; antes bien, es para ella manifiesto engaño y trapacería diabólica toda práctica piadosa, siquier parezca altísima oración, que no ayude al exacto cumplimiento de sus obligaciones y produzca opimos frutos de mortificación. «Pedisteisme, dice á sus hijas después de haber tratado extensamente de las más sólidas virtudes; pedisteisme que os dijese el principio de oración. Yo, hijas, aunque no me llevó Dios por este principio (el que acaba de exponer), porque aún no le debo tener de estas virtudes, no sé otro» (1). Y en otra parte, tratando de encaminar al que comienza á tener oración: «Sea varón, y no de los que se echaban á beber de buzcos cuando iban á la batalla, no me acuerdo con quién (2), sino que se determine que va á pelear con todos los demonios, y que no hay mejores armas que las de la cruz. Aunque otras veces he dicho esto, importa tanto, que lo torno á decir aquí... ¡Es cosa donosa, que aún nos estamos con mil embargos é imperfecciones... y no habemos vergüenza de querer gustos en la oración y quejarnos de sequedades» (3). Y, finalmente, para omitir otros innumerables pasajes en que se dice lo mismo, al recomendar en la Morada 4.^a, cap. II, las disposiciones necesarias para recibir dones sobrenaturales,

(1) *Camino de perfección*, cap. XVI.

(2) Con Gedeón.

(3) Mor. 2.^a

interpela así á sus monjas: «Luego querréis, mis hijas, procurar tener esta oración (de quietud)... Yo os diré lo que en esto he entendido. Después de hacer lo que los de las Moradas pasadas, humildad, humildad... Por esta se deja vencer el Señor á cuanto de él queremos.» Es indiscutible, por consiguiente, la verdad antes enunciada, y aunque sin perjuicio de lo dicho, puede el Señor, cuando así le place, levantar el alma á sí, y darle á gustar, no obstante sus muchas imperfecciones, el dulzor de sus regaladísimos abrazos; pero, además de ser estos casos muy excepcionales, sólo obra Dios de esta manera para engolosinarla, como dice la Santa, y ver de hacerla renunciar á los deleites terrenos que la traen enajenada. Y es estilo del Señor, cuando los tales no responden con generosidad al divino llamamiento, retirar de ellos su benéfica mano y no arrojar á animales inmundos las margaritas de sus dones. Quede, pues, sentado como verdad incontrovertible, que en el sistema doctrinal de la Santa Madre, los diversos grados de oración más ó menos levantada y los grados de perfección, se reciprocán.

13. Hecha esta observación de suma importancia en materia tan grave, dejémonos llevar por la mano de nuestro guía, y penetremos con ella en el vestíbulo del templo de la santidad. «Estando hoy suplicando, dice en la Morada 1.^a, á Nuestro Señor hablase por mí, porque yo no atinaba cosa que decir, ni cómo comenzar á cumplir esta obediencia, se me ofreció lo que ahora diré para comenzar con algún funda-

»mento; que es, considerar á nuestra alma como un
 »castillo todo de un diamante ó muy claro cristal,
 »adonde hay muchos aposentos, como en el cielo hay
 »muchas moradas. Que si bien lo consideramos, her-
 »manas, no es otra cosa el alma del justo sino un
 »paraíso adonde, dice él, tiene sus delicias. Pues con-
 »sideremos, que este castillo tiene, como he dicho,
 »muchas moradas, unas en lo alto, otras en lo bajo,
 »otras á los lados, y en el centro y mitad de todas
 »estas tiene la más principal, que es adonde pasan las
 »cosas mucho más secretas entre Dios y el alma.»
 Tal es la concepción de la Santa tomada á bulto y
 sin bajar á pormenores. No pasemos adelante sin ad-
 vertir, que es capital sobre este punto la considera-
 ción, en que ella tanto insiste, de haber infinitas mo-
 radas alrededor de la estancia principal de este castillo,
 pues, aunque después en todo el Tratado no se habla
 más que de siete, estas, más bien que moradas aisla-
 das, son órdenes de estancias, cada una de las cuales
 puede tener, y realmente tiene, un sinnúmero de pie-
 zas semejantes. Por eso en el Apéndice á este escrito
 inculca de nuevo la misma idea, diciendo: «Aunque
 »(aquí) no se trata de más de siete moradas, en cada
 »una de ellas hay muchas en lo bajo y alto y á los
 »lados, con lindos jardines, y fuentes, y laberintos, y
 »cosas tan deleitosas, que desearéis deshaceros en
 »alabanzas del gran Dios que las crió á su imagen
 »y semejanza.» Y antes de esto había escrito en la
 Morada 1.^a: «Digo que no consideren pocas piezas
 »(en este castillo) sino de millón, y estas no una en
 »pos de otra como cosa enhilada, sino como un pal-

»mito, que, para llegar á lo que es de comer, tiene
 »muchas caberturas que todo lo sabroso cercan» (1).
 Dicho esto, y trazadas ya las principales líneas del
 cuadro, la emprende con los pormenores, deslindando
 los diversos grupos que han de dar vida al lienzo, y
 cuidando de no confundirlos jamás, sino de sostener
 en cada uno de ellos el carácter y fisonomía propios.

14. Mas ¿qué moradas son estas? ¿quiénes sus ha-
 bitantes? ¿en qué se ejercitan? ¿cómo los combate el
 enemigo? ¿de qué armas deberán valerse para no su-
 cumbir en la lucha, sino resistir, avanzar, triunfar ó
 morir? Todo, todo está valientemente descrito en este
 asombroso panorama del espíritu, donde al volver de
 cada página nos hallamos siempre con un nuevo pai-
 saje, nuevas personas, nuevos trajes, nuevo cielo, nue-
 vo sol, un nuevo mundo, en fin, desconocido hasta
 entonces para nosotros, y en el cual, sin embargo,
 vivimos y nos movemos, como parte que somos de él.
 Los pecadores, ante todo, que, olvidados de Dios, se
 revuelcan en el cieno de los deleites sin acordarse
 jamás de entrar dentro de sí mismos, son, dice la
 Santa, almas tullidas y con perlesía, que tienen hecha
 costumbre de tratar con las bestias ponzoñosas de la
 ronda del castillo, sin atinar jamás con la puerta que
 es la oración, ni cuidarse de penetrar en él. Las mo-
 radas todas de esta mansión deliciosa están para ellos
 oscurecidas con las tinieblas de la culpa, y los rayos
 del Sol de Justicia que arde en el centro de las mis-

(1) Mor. 2.^a, cap. II.

mas, pierden con el pecado toda su vívida brillantez. «¿Qué será ver, dice en la Morada 1.^a, qué será ver este castillo tan resplandeciente y hermoso, esta perla oriental, este árbol de vida, que está plantado en las mismas aguas vivas que es Dios, cuando cae en un pecado mortal? No hay tinieblas tan tenebrosas, ni cosa tan oscura y negra que no lo esté mucho más. No queráis más saber, de que con estar el mismo sol, que le daba resplandor y hermosura, todavía en el centro del alma, es como si allí no estuviese para participar de él, con ser tan capaz para gozar de su majestad, como el cristal para resplandecer en el sol» (1). Y, cual si esta bellísima comparación no bastase para hacer ver los hediondos y abominables efectos de la culpa, torna a insistir en la misma idea, y dice en el párrafo siguiente: «Así como de una fuente muy clara lo son todos los arroyicos de ella, así el alma que por su culpa se aparta de esta fuente y se planta en otra de muy negrisima agua y de muy mal olor, todo lo que corre de ella es la misma desventura y suciedad. Y es de considerar aquí, añade, que la fuente y aquel sol resplandeciente, que está en el centro del alma, no pierde su resplandor y hermosura; que siempre está dentro de ella y cosa no puede quitar su hermosura; mas, si sobre un cristal que está al sol se pusiese un paño muy negro, claro está que aunque el sol dé en él, no hará su claridad operación en el cristal» (2).

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

(2) Mor. 1.^a, cap. II.

¡Qué imágenes tan brillantes y llenas de vida! ¡Qué frescura y lozanía en la descripción! ¡Qué desaliño tan encantador en la frase! No parece sino que brota la idea del entendimiento, y la expresión de la pluma, como brotan las aguas cristalinas entre las arenas de purísimo manantial. Aquí todo elogio es sobrado, y como dijo á otro propósito Baltasar de Alcázar:

Esto..., ello se alaba,
No es menester alaballo;
Sólo una falta lo hallo,
Que con la prisa se acaba.

Id ahora, si os place, id y hojead los infolios de la Escuela para penetrar la esencia del pecado, y desentrañar la incomprensible miseria de sus efectos. Tened por seguro, que tras interminables disquisiciones metafísicas, tras increíbles desvelos y torturas intelectuales, acaso no hagáis sentir á vuestra alma la podredumbre del corazón apartado de Dios, tanto como os la hacen sentir las sencillas frases de la humilde Carmelita. Pero no cortemos el hilo de la idea. Avancemos con la Santa hasta penetrar en el interior de este real Palacio, y, dejando á los pecadores fuera del cerco del castillo, entremos ya con los justos en la primera Morada. Hedla aquí. Es la mansión del propio conocimiento, único fundamento de la verdadera humildad.

15. *Morada primera.*—Casi no llega á ella la luz que sale de la estancia donde se alza el trono del

soberano Rey, y, aunque no está «oscurecida y negra» como las Moradas del alma pecadora, está sí oscurecida de manera, que el morador de ella no pueda verla bien, y esto, no por culpa de la pieza, sino porque con el justo que en ella entró, penetraron tantas culebras, víboras y cosas ponzoñosas de cuidados terrenos, que no le dejan advertir á la luz. Como si uno entrara á una parte adonde entra mucho el sol, y llevase tierra en los ojos que casi no los pudiese abrir: clara está la pieza, mas él no lo goza por el impedimento ó cosa de estas fieras y bestias que le han cerrado los ojos para no ver sino á ellas» (1). Es decir, como más adelante lo explica, que los habitantes de estas primeras Moradas, aunque anden con deseos de no ofender á Dios y hagan obras buenas, se hallan tan embebidos en el mundo, tan engolfados en sus contentos y desvanecidos con sus honras y pretensiones de hacienda, que los vasallos del alma, potencias y sentidos, tienen poca fuerza para batallar contra el furor de las pasiones, y así difícilmente pueden gozar de la presencia de Dios y atender á la luz con que los ilumina, y á las inspiraciones con que los mueve. Para estos es indispensable acudir «como pudieren á Su Majestad, y tomar á su bendita Madre como intercesora y á los Santos para que peleen por ellos, y, dando de mano á las cosas y negocios no necesarios, cada uno conforme á su estado» (2), se ocupen en conocerse á sí mismos,

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

(2) Mor. 1.^a, cap. II.

eviten las ocasiones de pecado grave y conciban aborrecimiento grande al pecado venial. Mas no con pusilanimidad y cobardía, asaltados de temores y metidos en el cieno de sus miserias, sino fijando los ojos en Dios y Cristo Nuestro Señor, para que, mirando su grandeza, conozcan mejor su bajeza, y mirando su limpieza, vean su suciedad (1).

16. *Segunda Morada.*—Mas esta magnanimidad y estos arranques de corazón, los recomienda todavía con palabras más enérgicas y mayor peso de razones á los justos, que, dando un paso más adelante, llegan con el auxilio de Dios á penetrar en las segundas Moradas. Son estos los que estando aún «enredados» en los pasatiempos y baraterías del mundo, y cayendo y levantando en pecados veniales, á que dan ocasión el bullicio y compañía de estas bestias ponzoñosas, oyen con todo la voz del Señor que los llama. Y es esta voz tan suave, que se deshace la pobre alma en no hacer luego lo que se le manda. No son estas voces y llamamientos, como los que se escuchan en las Moradas más interiores; sino palabras que oyen á gentes buenas, sermones ó lectura de buenos libros, enfermedades, ó trabajos, ó verdades que Dios enseña en los ratos de oración» (2). Pero enfrente de estas voces y para sofocar su eficacia, alzáse con estrépito la voz de Satanás que enciende el fuego de la pasión, estalla la guerra en el

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

(2) Mor. 2.^a.

alma, y «andan, dice la Santa, los golpes de artillería de tal manera, que no puede el alma dejar de «oir» (1). «¡Oh, Jesús, prosigue la seráfica Madre, qué es la baraunda que aquí ponen los demonios y las aflicciones de la pobre alma, que no sabe si pasar adelante ó tornar á la primera pieza. Porque la razón le representa el engaño que es pensar que todo esto vale nada (2) en comparación de todo lo que pretende. La fé le enseña cuál es lo que le cumple. La memoria le representa en qué paran todas estas cosas, trayéndole presente la muerte de los que mucho gozaron estas cosas que ha visto, como algunas ha visto súbitas, cuán presto son olvidadas de todos... La voluntad se inclina á amar, adonde tan innumerables cosas y muestras ha visto de amor, y querría pagar; alguna en especial se le pone delante, cómo nunca se quita de con él este verdadero amor, acompañándole, dándole vida y ser. Luego el entendimiento acude con entender que no puede cobrar mejor amigo, aunque viva muchos años; que todo el mundo está lleno de falsedad..., que fuera de este castillo no hallará seguridad ni paz, que se deje de andar por casas ajenas, pues la suya es tan llena de bienes, si la quiere gozar... Razones son estas, concluye la Santa, para vencer los demonios..., y procurar hacer lo que (está) en nosotros, y guardarnos de estas sabandijas ponzoñosas; que muchas veces quiere el Señor que nos persigan..., y aun

(1) Mor. 2.^a

(2) Así se lee en el texto, pero parece que quiere decir: «el engaño que es pensar que todo esto vale algo...»

«algunas permite que nos muerdan, para que nos sepamos mejor guardar después y probar si nos pesa mucho de haberle ofendido. Acábase, en fin, esta guerra por la sangre que (el Señor) derramó por nosotros, y con generosidad y denuedo avancemos hasta ponernos del todo en las manos de Dios» (1).

17. *Moradas terceras.*— Con esta disposición de ánimo ya hallan los justos fácil acceso á las Moradas terceras, cuyos pobladores viven de ordinario muy deseosos de servir á Su Majestad. «Aun de los pecados veniales se guardan, de manera, que no cometerían uno con advertencia por cosa ninguna: son amigos de la penitencia, tienen sus horas de recogimiento, gastan bien el tiempo, ejercitanse en obras de caridad con el prójimo, y andan muy concertados en el hablar, vestir y gobernar su casa los que la tienen (2). Pero se inquietan y sienten apretamiento de corazón con los desprecios y menoscabo de su honra, á la cual todavía no han renunciado por completo; tienen demasiado seso y discreción en hacer penitencia, que cierto no se matarán; y no llevan en paciencia que el Señor les cierre la puerta para entrar en las Moradas interiores, donde este Soberano Rey habita...; viniendo de ahí las grandes sequedades que sienten en la oración. Estos tales, cuando el Señor les dice lo que han de hacer para ser perfectos y cómo han de renunciar á su honra y estima y aun á los gustos

(1) Mor. 2.^a

(2) Mor. 3.^a, cap. 1.

»de la oración, de los cuales deben tenerse por indignos, vánse tristes como el mancebo del Evangelio y vuélvenle las espaldas (1); y, aunque el Señor les da contentos harto mayores que los regalos y distraimientos de la vida,» como no les prodiga los gustos sobrenaturales, sino que se los concede raras veces...; sienten lo brumador que es este camino, corriendo peligro de tornar, á lo menos en el deseo, á meterse en las sabandijas de las primeras piezas, porque su fortaleza no está fundada en tierra firme, y el demonio sabe urdir aquí grandes persecuciones (2). Por eso, »procuren huir de toda ocasión de ofender á Dios, y considerando cuánto padeció el Señor y cuán bueno es padecer, sean humildes, piensen que no está la perfección ni el premio en los gustos, sino en amar más y obrar con justicia y verdad. Pongan su razón y temores en las manos de Dios, olvidense de su flaqueza natural: el cuidado de su salud ténganlo los Prelados (ó Directores de sus almas); esfuércense, pues pueden llegar á la tierra de promisión en ocho días, para no tardar un año, yendo por ventas, nieves, aguas y malos caminos llenos de serpientes, y estudien mucho en la prontitud de la obediencia: teniendo alguien á quien acudir que esté muy desengañado de las cosas del mundo, y, viendo la suavidad con que llevan otros las cosas que ellos tienen por imposibles, animense á volar como hacen los hijos de las aves cuando se enseñan, que, aunque

(1) Mor. 3.^a, cap. 1.

(2) Mor. 3.^a, cap. 1.

»no es de presto dar un gran vuelo, poco á poco imitan á los padres» (1).

18. Ved aquí reducida á breves páginas la doctrina ascética contenida en el libro de las *Moradas*, la cual puede considerarse como ilustración bellísima de la que encierra el primer grado de oración expuesto en la *Vida*, y maravilloso compendio de la que con más latitud declara en el *Camino de perfección*. Resumiendo todo lo dicho en lacónica síntesis, pertenecen á la primera Morada, según la doctrina de la Santa, los que, detestando el pecado mortal, viven asidos á los deleites no vedados gravemente, y se cuidan poco de evitar los pecados veniales: moran en la segunda las almas devotas que comienzan á aborrecer el pecado venial y á amar la penitencia; pero no se determinan á renunciar, para conseguir la perfección, los ofrecimientos de honra y estima con que el mundo les brinda: penetran, por fin, en la tercera los que arrancan del corazón el afecto de las riquezas y halagos mundanales; mas no se sacrifican á sí mismos en aras de la humildad, ni llevan en paciencia la privación de los regalos espirituales.

19. Hagamos alto aquí en la falda del monte de la perfección; y, antes de emprender la jornada que nos ha de llevar hasta la cima, volvamos la vista atrás

(1) Mor. 3.^a, cap. II.

desde este repecho del camino, para admirar, juntamente con la extensión del campo recorrido, las cualidades del divino guía, cuyos escritos hasta aquí nos han encaminado.

Dos serán solamente las que yo haré notar, dando principio á este trabajo por la primera y más principal: la concisión. Esta dote, cuando no cede en menoscabo de la claridad, es el sello distintivo del genio. Las medianías, los talentos vulgares y adocenados, así como son ineptos para el análisis en las cuestiones complejas, así también sintetizan poco sus ideas, pudiendo apellidarse su ciencia, más bien que sabiduría propiamente dicha, erudición conceptualista. En los cerebros de esos plagarios del saber cada idea es un sonido aislado, es una nota perdida en el vacío, que no armoniza con el resto de sus conocimientos, ni se eslabona con ellos para formar, anillo tras anillo, la cadena de un verdadero sistema doctrinal. Más que sabios son eruditos, más que genios creadores de la ciencia, son progenitores fecundos de vulgaridades, ó gárrulos declamadores de ideas robadas al talento. En su frente jamás ha brillado la llama del genio, en su cabeza jamás han fermentado grandiosas concepciones, ni siquiera germinado una idea original. Asemejense en cierta manera á los seres irracionales, que aprenden por impresiones aisladas, y sólo atesoran en su memoria especies inconexas que ningún enlace tienen entre sí; mientras que distan inmensamente de las inteligencias angélicas y puramente intelectuales, cuya ciencia se condensa en pocas ideas.

Permitid esta digresión á mi pluma y seguidme,

porque conviene dejar bien definido el mérito de la concisión contra las opiniones invasoras del charlatanismo pretencioso. Los seres dotados de sólo vida vegetal viven, pero no sienten; los irracionales, por muy perfectos que sean en su especie, sienten y perciben, pero no raciocinan ni desenvuelven por deducciones intelectuales las percepciones adquiridas; el hombre despoja á la sensación de su tosco ropaje, la espiritualiza, y encadenando sus conceptos, forma ideas germinadoras de conceptos nuevos con que fecunda su entendimiento; el ángel ve con precisión clarísima los efectos en sus causas y alcanza con pocas ideas horizontes inmensos de verdades; Dios, en una sola idea, que se identifica con su entender y su ser, agota todo el maravilloso, y para nosotros incomprendible conjunto de realidades, y el todavía más maravilloso y más incomprensible de entidades posibles, que son objeto de la ciencia universal, propiamente dicha, y término de la inteligencia suprema. ¿Qué se sigue de aquí? Síguese, que el que en menos ideas abarque más, el que en menos palabras más diga, ese tal se acerca más á Dios. Ved ahí lo que es el genio: ved ahí porqué os decía que la concisión, cuando no cede en menoscabo de la claridad, es el carácter distintivo de las inteligencias privilegiadas.

20. Pues tal fué la penitente Carmelita, cuyos escritos al presente analizamos. ¿Qué corona de alabanzas podré yo entretejer que no sea indigna de la frente donde tantos y tan grandes pensamientos se engendraron? ¡Divina pluma la que halló palabras

preñadas de fuerza y vigor, dignas de tan grandiosas especulaciones! ¡La que, como foco de luz, irradió en las tinieblas de celda desconocida, y arrojó sobre el mundo asombrado torrentes de sabiduría celestial, que los ojos más llenos de vida apenas pueden soportar! Hojead, leed, juzgad. En breves páginas, claras como el espejo de su alma, sencillas como su candoroso corazón, atina á resumir con tino admirable, lo que los más profundos ascetas, con dificultad llegan á definir en extensos tratados. Y dejando á un lado los infolios, donde esta ciencia se archiva, las definiciones metafísicas de las virtudes, su clasificación científica, los actos con que nacen en el alma, crecen y se perfeccionan, los vicios que es preciso extirpar, los apetitos que vencer, las pasiones que debelar: dejando á un lado el filosofar sobre todo esto, fija los ojos del alma en los fuertes sillares, que son como las claves arquitectónicas de este edificio colosal, y, mostrándolas con el dedo, dice á sus hijas: «Conoced vuestra miseria y ahondad en ella cuanto podáis; huid de toda ocasión de pecado, desembarazaos de las cosas de la tierra, y acabad por la inmolación total y absoluta de vosotras mismas; lo demás dejádselo á Dios, á su sabiduría y á su bondad omnipotente.»

21. Yo no puedo menos de admirar la maestría, verdaderamente inspirada, con que estos tres puntos están elegidos y sabiamente concretados. Lenguas quisiera hacerme para ensalzarla cual se merece y yo la concibo. Mi voz es débil y mi voto desautorizado,

mas no dejaré pasar estos momentos solemnes sin hacer constar, que, en mi sentir, van descaminados los que con *profundas investigaciones* ascéticas y extensos tratados, pretenden dirigir los pasos del pueblo cristiano por la senda del cielo. Los que tal hacen, se esfuerzan, acaso sin darse cuenta de ello, por introducir á sus lectores en el templo de la sabiduría, para, una vez allí, abrirles luego la puerta oculta que guía al camino de la santidad. Jamás, sin embargo, leemos en el Evangelio, que sea condición precisa el ser sabios para entrar en el reino de los cielos. Lejos de mí el condenar en absoluto á esos escritores profundos de obras inmortales, veneros inagotables del saber; sólo hago constar mis arraigadas convicciones sobre este punto, aseverando, que tales obras, si son utilísimas á los maestros de espíritu, no lo son tanto para el vulgo de los cristianos; pues la manera más común y ordinaria que Dios tiene de elevarlos á la perfección, es la de esculpir en su alma pocas, pero fecundísimas verdades, de las cuales, como de pujante semilla, brota primero y se desarrolla inconscientemente después el árbol de la perfección; lo mismo que en el seno de la madre, fecundado con el germen de vida, se desarrollan inconscientemente los miembros todos del niño, que más tarde ha de abrir los ojos á la luz del día.

22. Paso con esto á la segunda cualidad, que en esta parte de los escritos de la Santa descuella, su espontánea y jovial amenidad. Espíritus reflexivos habrá, que se maravillen de que me entretenga en

vindicar para la ilustre Monja avilesa, dote de tan poca importancia para muchos. Pero fuera de que urge refutar la opinión de críticos, malcontentos y antojadizos, para quienes es huraño y fastidioso todo escrito que trate de virtudes cristianas (1), conviene adelantarse á los mismos y evidenciar, que calumnian á la insigne escritora, cuando nos la pintan como espíritu adusto y cerebro mal deprimido por el monjil que la cubría. ¡Santa Teresa adusta y ceñuda! ¿Habrán leído los que tal piensan, aquellas páginas rientes, que rebosan candor, alegría, paz, amor y gracia sin igual? Esta dote de la jovialidad está casi siempre reñida con la que acabamos de vindicar para la seráfica Doctora. Los escritores concisos son, por ley común, tan austeros en los pensamientos como sobrios en el lenguaje; al paso que los joviales y festivos acostumbran á ser por extremo superficiales. Sólo la pluma de los grandes talentos acierta á combinar estas dos cualidades, que mutuamente se repelen; y aunque Santa Teresa no tuviera, como escritora ascética, otros títulos á la inmortalidad que el haber triunfado en tan difícil empeño, bastará este para perpetuar con nuestros elogios su memoria en la posteridad de los siglos. Triunfó, sí, triunfó de esta dificultad, uniendo en amigable consorcio á estas dos bellas enemigas, que son la desesperación de todo literato, y fué concisa al mismo tiempo y jovial, tratando de materias, acerca de las cuales parece que no puede escribirse sino seca y estiradamente. No niego yo que la virtud es bella;

(1) Michelet.

afirmo, por el contrario, que su hermosura, para todo el que tenga ojos limpios con qué contemplarla, es fascinadora; y avanzando más, afirmo, por una parte, que nada hay bello al mismo tiempo é inmoral, y por otra, que yerran lastimosamente los espíritus secuaces de Calvino, para quienes el hombre no puede ser virtuoso sin vivir desabrido consigo mismo, y que hasta se atreven á hablar de desesperación en el espejo de toda santidad, en el Hijo de Dios vivo, cuando moría en un patíbulo, víctima del amor hacia los mismos que le crucificaban. Dios no es ningún cómitre que se complazca en esgrimir el látigo sobre sus criaturas, ni la virtud matrona ceñuda, destinada por Dios para ser verdugo del corazón humano. Así y todo, no puede negarse que el austero vestido con que esta beldad de ordinario se encubre, nada tiene de atractivo ni halagüeño, ¿Á quién lisonjea el maceramiento de la carne, la pobreza y el desasimiento de todo lo criado?

23. Mas ved aquí en qué está precisamente el genio de Santa Teresa. Con paso firme y sereno penetra delante de nosotros en la deliciosa mansión, donde la virtud se muestra tal cual es, y, encarándose con ella, nos dice entusiasmada: «Miradla: ahí la tenéis, hija del cielo, radiante de luz y de hermosura, cariñosa, apacible, graciosa y hasta jovial.» Y jovial se mostró también Santa Teresa al describirla, acomodando su pincel al retrato que trataba de esbozar. No con la jovialidad del novelista que se degrada pintando las infamias y abyección de seres envileci-

dos, que yo no puedo nombrar; ni con la sonrisa burlesca del cínico que se mofa de todo lo bueno; sino con la jovial alegría del alma recta, que se pasea sin impedimento por los verjeles de la virtud, libando en todas las flores el almíbar de la paz y del amor. ¡Ah! no necesitó Santa Teresa, para ser festiva en sus escritos, de los cínicos chistes de Luciano, ni de las nefandas lubricidades de Marcial, ni de las indecorosas alusiones de nuestro Quevedo, ni aun de las socarronas inconveniencias del asendereado escudero, que el genio de Cervantes immortalizó. Su pluma, por otro estilo, tampoco fue bufona como la de Rabelais, ni incisa y punzante como la de La Bruyère, ni sardónica como la del mal llamado Filósofo de Ferney, ni fría y helada como la que trazó el carácter repulsivo de Mefistófeles; porque de nada de eso necesitó para fascinar el ánimo de sus lectores y subyugar su rebelde corazón. Bastóle dejar estampada en sus escritos, sin conceptos alambicados ni repulidas frases, la hermosura del alma virtuosa, es decir, de su propia alma, y dejarnos ver aquel conjunto maravilloso de todas las virtudes que más halagan al corazón humano: caridad, mansedumbre, gratitud y resignación. Bastóle levantar una punta del velo que encubría sus mismas dotes naturales, y dejarnos admirar aquella su imaginación vivaracha y bulliciosa como los pájaros que cantan en la enramada, aquel su entendimiento claro y sereno como el azul estrellado de los cielos en noche de primavera, aquel su corazón ingenuo y florido como prado esmaltado de rosas que riegan arroyos cristalinos.

24. Aquí convergen, como á su centro, todas las ideas más originales de su genio creador y todos los rasgos más característicos de su lenguaje; á hacer la virtud amable y hasta seductora, no despreciable y desabrida. Por eso ya desde la primera Morada, en que tanto inculca el ahondar en el conocimiento de la propia miseria, quiere que esto se haga *sin estrujar el ánimo*, como ella dice, sino ensanchándole con sentimientos generosos. Y á este fin manda que salgan fuera de sí de cuando en cuando, volando á considerar la grandeza y majestad de Dios; pues la humildad, añade, «es como la abeja que labra su miel en la colmena, pero saliendo á sus tiempos para extraerla de las flores que adornan el campo y la pradera (1).» En lo cual hay dos ganancias: la primera, que la humildad es mayor; pues está claro que parece una cosa blanca muy más blanca cabe la negra, y al contrario la negra cabe la blanca. La segunda, que nuestro entendimiento y voluntad se hace más noble y más aparejado para todo bien (2). ¿Puede hablarse más claro?

25. De esta misma raíz nacía en su espíritu aquella instintiva repulsión que sentía á los caracteres melancólicos, la cual hizo á su pluma escribir palabras tan duras, que yo no recuerdo haberlas leído semejantes en sus escritos. «Torno á decir, exclama en el libro de las *Fundaciones*, como quien ha visto y tratado

(1) Mor. 1.^a, cap. II.

(2) Mor. 2.^a, cap. II.

»muchas personas de este mal, que no hay otro remedio para él si no es sujetarlas por todas las vías y maneras que pudieren. Si no bastasen palabras, sean castigos; si no bastasen pequeños, sean grandes; si no bastase un mes de tenerlas encarceladas, sean cuatro, que no pueden hacer mayor bien á sus almas» (1). Ved en estas palabras la ingénita antipatía que experimentaba hacia los espíritus descontentadizos y atrabiliarios. Las virtudes, por el contrario, que más cuadraban á su natural blando y amoroso, eran aquellas cuyo atractivo conquista fácilmente el corazón de las personas con quienes se conversa. Así, hablando de sí misma, dice en la *Vida*: «En esto de dar contento á otros *he tenido extremo*, aunque á mí me hiciese pena; tanto que en otras fuera virtud y en mí ha sido gran falta, porque iba muy sin discreción» (2). Y en el *Camino de perfección*, tratando de la cortesía, afirma: «Que se ha de hacer el acatamiento (á cada cual) según el estado que tiene, y conforme al uso» (3). Confirma esto mismo más adelante y lo amplifica, exponiendo la manera como sus Hijas han de tratar con los prójimos. Sus palabras son estas: «Ansí que, Hermanas, todo lo que pudiéredes sin ofensa de Dios procurad ser afables, y entender de manera con todas las personas que os trataren, *que amen vuestra conversación* y deseen vuestra manera de vivir y tratar, y *no se atemoricen y amedranten de la virtud*. Á las religio-

(1) *Fundaciones*, cap. VII.

(2) *Vida*, cap. III.

(3) *Camino de perf.*, cap. XXII.

sas, prosigue, importa mucho esto: mientras *más santas. más conversables* con sus Hermanas; que, aunque sintáis mucha pena, si no van sus pláticas todas como vos las querriades hablar, nunca os extrañéis de ellas: y ansí aprovecharéis y seréis amadas; que mucho hemos de procurar ser afables y agradar y contentar á las personas que tratamos, en especial á nuestras Hermanas» (1). De la sencillez afirma que «nunca tuvo ni cayó en el vicio de la hipocresía» (2); de la gratitud «que era de condición muy agradecida» (3), y que el agradecimiento la movía más á sacrificarse por el Señor que no el temor de los castigos; de la constancia, en fin, dice estas palabras: «Era yo tan honrosa, que el determinarme á decir á mis padres como quería ser monja, casi era como tomar el hábito, pues me parece no tornara atrás por ninguna manera, habiéndolo dicho una vez» (4). Basta esta breve reseña de las dotes naturales y carismas sobrenaturales que adornaron su alma, para entender cuál era la oculta mina donde tan ricos tesoros se encerraban. Sin entendimiento tan henchido de luz, no hubiera descollado tanto por su sobriedad y concisión; sin corazón tan apacible, no hubiera sido tan amena y jovial. Más quisiera decir sobre el mérito de los escritos á que me refiero en esta primera parte del discurso; pero el tiempo urge, y el campo que aún nos queda por recorrer es muy dilatado.

(1) *Camino de perf.*, cap. XXII.

(2) *Vida*, cap. VII.

(3) *Vida*, cap. XXXV.

(4) *Vida*, cap. IV.

Hora es ya de que apartemos los ojos de las fértiles llanuras del ascetismo, para volverlos á las floridas y no menos fértiles praderas del misticismo Teresiano.

26. Al llegar aquí fuera mejor romper la pluma y dejar hablar á la inspirada escritora. Campeara así mejor su inteligencia varonil en las valientes pinceladas con que pinta las transformaciones del espíritu bajo la acción de la omnipotencia divina; su imaginación fresca y lozana, en las brillantes descripciones con que enriquece este viaje á las regiones de la psicología sobrenatural; su viveza femenil, en los símiles de inimitable delicadeza con que esmalta investigaciones tan abstrusas; su genial festivo, en el gracejo y nativo candor que respiran todas sus páginas: mas ya que la naturaleza de estos apuntes no me permita dar cabida en ellos á tan extenso trabajo, procuraré por lo menos bosquejar tan grandiosa creación, hablando con sus mismas palabras en cuanto me fuere posible. Ni me es dado hacer otra cosa, si bien se mira, dada mi inexperiencia en tales materias. Porque, si la Santa Madre, al llegar á esta región de lo sobrenatural, confiesa que es dificultosísimo el dar á entender lo que el alma siente, y esto, después de haber navegado por espacio de veinte años en aquel mar de luz y de ventura, ¿qué harán los que, como yo, nada han probado ni visto de tales cosas, sino que hablan siempre como de oídas? Aquí la mano tiembla al trazar sobre el papel tan asombrosos conceptos, y la lengua tartamudea no acertando á arti-

cular sonidos de tan celestial armonía. El Espíritu Santo, á quien la humilde Carmelita se encomendó para revelar tan grandes misterios, unja mi pluma, á fin de que no tropiece y caiga miserablemente con daño propio y de los que me oyen.

27. Como preámbulo de todo lo que más adelante explana, define aquí la Seráfica Doctora, cuál es la diferencia que media entre contenidos naturales, y gustos ó sobrenaturales consuelos. Los primeros, dice, nacen de nuestro natural y acaban en Dios; los segundos nacen de Dios y redundan en el natural: aquellos son adquiridos, y como conquistados por el ejercicio de nuestras potencias, *ayudadas del auxilio divino*; y, como nacen de la misma obra virtuosa, parece que los ganamos con nuestro trabajo: mas estos son producidos inmediata y exclusivamente por Dios en el alma, con grandísima paz y quietud, sin que las potencias intervengan en ello con su actividad propia (1). Desentrañemos más esta idea. Así como en las cosas humanas y negocios ordinarios de la vida, siente el alma consuelo por los sucesos prósperos, como sucede en el adquirir una grande hacienda que de presto é inesperadamente se provee, ó en el éxito de un negocio enmarañado; y así como la esposa, ó la madre, ó la hermana, derraman lágrimas de alegría al contemplar vivo y en su presencia al esposo, hijo ó hermano que creían muerto; así también acontece en las cosas espirituales, que el alma, sobre todo

(1) Mor. 4.^a, cap. 1.

cuando es de su natural tierna y compasiva, se derrite á veces en llanto al recordar los dolores y angustias de Cristo en la Pasión, ó bien al entender la fealdad y malicia de los pecados con que ofendió á su Dios y Señor. El sólo discurrir con el entendimiento sobre estas cosas, es motivo del consuelo que experimenta en medio del mismo quebrantamiento del corazón; de manera, que el tal consuelo y deleite espiritual, puede llamarse obra suya por adquirirlos con cansancio de sus facultades intelectuales y ayudándose de las criaturas en la meditación: pero los consuelos ó gustos sobrenaturales vienen únicamente de Dios, sin cansancio del alma, antes con gran quietud de las potencias, que nada hacen sino recibir el dón con que Dios las regala. Ambos linajes de consuelos causan deleite; mas los primeros «no ensanchan el corazón, sino que »por ir envueltos con nuestras pasiones (es decir, con »la ternura natural), aprietan un poco y traen consigo »unas lágrimas penosas y unos alborotos de sollozos »que acongojan el alma. Y aun á personas he oído, »añade la Santa, que se les aprieta el pecho, y vienen »á movimientos exteriores; que no se pueden ir á la »mano: y es la fuerza de manera, que les hace salir »sangre de las narices y cosas así penosas (1). No tal »los segundos, que ensanchan el alma, la cual parece »que se va dilatando, produciéndose en ella bienes que »no se pueden decir, ni aun el alma sabe entender »qué es lo que se da allí» (2). Cual si esta clarísima y

(1) Mor. 4.^a, cap. II.

(2) Mor. 4.^a, cap. II.

profunda declaración no bastase, ved ahora la sencilla y por todo extremo galana comparación con que termina. «Hagamos cuenta que vemos dos fuentes con »dos pilas que se hinchen de agua... de diferentes »maneras. Al un pilón, viene el agua de más lejos, por »muchos arcaduces y artificio: el otro está hecho en el »mismo nacimiento del agua, y váse henchiendo sin »ningún ruido; y si el manantial (es) caudaloso, como »este de que hablamos, despues de henchido este »pilón precede un gran arroyo..., y siempre está ma- »nando agua de allí. Es la diferencia, que la que viene »por arcaduces, es, á mi parecer, los contentos que »tengo dicho que se sacan con la meditación...; y co- »mo viene, en fin, con nuestras diligencias, hace ruido »cuando ha de haber algún henchimiento de provechos »que hace en el alma. Estotra fuente, viene el agua »de su mismo nacimiento, que es Dios, y así como »Su Majestad quiere, cuando es servido, producir al- »guna merced sobrenatural, produce con grandísima »paz y quietud y suavidad de lo más interior de nos- »otros mismos, yo no sé hacia dónde ni cómo» (1).

Supuesta esta explicación y allanado ya el camino para la inteligencia de los secretos misterios del orden sobrenatural, comienza á iniciarnos en estos mismos misterios con la descripción de la oración de recogimiento, que no es sino disposición para la de quietud.

28. *Moradas cuartas. — Oración de recogimiento y de quietud.*—Estas dos maneras de oración están

(1) Mor. 4.^a, cap. II.

confundidas en la *Vida*, y pertenecen al segundo modo de sacar agua que allí expone (1); pero en el *Camino de perfección* y en las *Moradas* las distingue perfectamente, y de ambos tratados está tomada la doctrina que aquí damos en compendio. Consiste la primera, no precisamente «en estar en oscuro, ni en cerrar los ojos, ni en cosa exterior alguna, puesto que sin quererlo se hace esto de buscar soledad... Parece que los sentidos van perdiendo su derecho, á fin de que el alma vaya cobrando el suyo que tenía perdido...» Hagamos cuenta para formarnos alguna idea de lo que esto es «que estos sentidos y potencias, es decir, la gente habitadora de este Castillo, se han ido fuera y andan con gente extraña y enemiga del bien del alma días y años; y que ya se han ido, viendo su perdición, acercando á él, aunque no acaban de estar dentro, porque esta costumbre es recia cosa, sino no son ya traidores y andan alrededor. Vista ya (por) el gran Rey que está en la Morada de este Castillo su buena voluntad, por su gran misericordia quiérellos tornar á él, y, como buen pastor, con un silbo tan suave, que aun casi ellos mismos no lo entienden, hace que conozcan su voz y que no anden tan perdidos, sino que se tornen á Su Majestad; y tiene tanta fuerza este silbo del pastor, que desam- paran las cosas exteriores en que andan enajenados y métese en el Castillo» (2). No vaya á creer el que esta merced recibe que la obtiene por esfuerzo del

(1) *Vida*, cap. XIV.

(2) Mor. 4.^a, cap. III.

entendimiento, «procurando pensar dentro de sí á Dios, ni por la imaginación, imaginándole en sí, pues á veces antes de que se comience á pensar en Dios, ya esta gente está en el Castillo: que no sé por dónde ni cómo oyó el silbo de su pastor, que no fué por los oídos, pues no se oye nada, cuando siéntese notablemente un encogimiento suave á lo interior, como lo verá quien pase por ello. Sucede al alma lo que á un erizo ó tortuga cuando se retiran hacia sí, con la diferencia de que estos animales se retiran y encogen cuando quieren; pero esta oración no está en nuestro querer, sino cuando á Dios le place hacerse cernos esta merced, y siéntese un fortalecerse y es- forzarse el alma á costa del cuerpo, y que le deja solo y desflaquecido, y ella toma allí bastimento para contra él» (1). La meditación y ejercicio de las potencias no debe cesar aquí, sino que, por el contrario, deben actuarse; «que, pues Dios nos las dió para que con ellas trabajásemos, no hay para qué las encantar, sino dejarlas hacer su oficio hasta que Dios las ponga en otro mayor» (2), (introduciéndolas en otras Moradas más interiores). Tanto más que, si Su Majestad no ha empezado á embeber al alma, toda

(1) Mor. 4.^a, cap. III.

(2) Mor. 4.^a, cap. III. Obsérvese en estas palabras de la Santa la oposición de su doctrina con la de Molinos; pues, según este último, el alma de tal modo debe darse á la contemplación, que las potencias nada obren, sino que deben esperar en un *quietismo absoluto* el influjo de la acción divina; al paso que la Santa Madre, no sólo aconseja, sino que manda trabajar con ellas, pues no deben estar ociosas, como dice más adelante, sino cuando el Señor las imposibilita para obrar.

fuerza que queramos hacer á nuestro cuerpo, como sería tener el huelgo, ó á las potencias del alma para que nada obren, sería inútil; pues los gustos de Dios no están ligados á esas cosas, sino que vienen con paz y suavidad y, por otra parte, el mismo contener á las potencias para que en nada piensen, puede ser de más daño que provecho, porque se distraerá la imaginación con ese mismo querer no pensar en nada.

29. Esta oración de recogimiento, aunque es mucho menos perfecta que la de quietud, dispone muy apaciblemente para ella, y el que la tiene «no dejará» de llegar á beber el agua de la fuente, porque camina mucho en poco tiempo. Es como el que va en una nao, que con un poco de buen tiempo se pone al fin de la jornada en pocos días, y los que van por tierra tárdanse más. Estos están, como dicen, puestos en la mar, aunque del todo no han dejado la tierra: aquel rato hacen lo que pueden recogiendo «sus sentidos» (1).

Mas ¿en qué consiste la oración de quietud y qué efectos produce en el alma? Consiste, responde la Santa, en aquel mismo ensanchamiento del espíritu que causan los gustos sobrenaturales antes descritos, los cuales, manando del interior de la misma, la dilatan, por decirlo así, «á manera de como si el agua» que mana de una fuente no tuviese corriente, sino «que la misma fuente estuviese labrada de una cosa,» que, mientras más agua manase, más grande se hi-

(1) *Camino de perf.*, cap. XXVIII.

ciese (1). Siéntese una fragancia..., como si en aquel hondor interior estuviese un brasero, adonde se echasen olorosos perfumes. Ni se ve la lumbre, ni adonde está; mas el calor y humo oloroso penetra toda el alma, y aun á veces participa el cuerpo. Con esta suavidad y ensanchamiento ya no la aprieta ni encoge el temor del infierno; porque, aunque le queda mayor de ofender á Dios, el servil piérdese aquí, y queda con gran confianza que le ha de gozar. El que solía tener, para hacer penitencia, de perder la salud, ya le parece que todo lo puede en Dios; tiene más deseos de hacerla que hasta allí. El que solía tener á los trabajos, ya va más templado, porque está más viva la fé, y entiende que, si los pasa por Dios, Su Majestad le dará gracia para que los sufra con paciencia, y aun algunas veces lo desea, porque queda una gran voluntad de hacer algo por Dios. En fin, en todas las virtudes queda mejorada» (2). Este contento y deleite no se siente como los de acá, ni nace del corazón, sino del centro mismo del alma; aunque luego «váse revertiendo por todas» las potencias hasta llegar al cuerpo» y henchir el mismo corazón (3). El efecto de todo esto es que las potencias, aunque no se hallen unidas con Dios, están empero embebidas, mirando como espantadas qué es aquello, lo cual no obsta para que la imaginación ande á veces desbaratada, mientras las demás se hallan empleadas en Dios y recogidas con él. Así acon-

(1) Mor. 4.^a, cap. III.

(2) Mor. 4.^a, cap. III.

(3) Mor. 4.^a, cap. II.

tecía á la Santa cuando esto escribía, pues sentía «un grande ruido en la cabeza, como si en ella tuviese muchos ríos caudalosos, y, por otra parte, que de estas aguas se despenaban muchos pajarillos y silbos, sin que toda esta baraunda le estorbase la oración ni escribir, sino que el alma se estaba muy entera en su quietud, y amor, y deseos, y claro conocimiento» (1). En tal coyuntura, termina, preciso es no hacer caso de la imaginación, ni que por los pensamientos nos turbemos, ni se nos dé nada; «que, si los pone el demonio, cesará con esto, y si es, como lo es, de la miseria que nos quedó del pecado de Adán, tengamos paciencia y sufrámoslo por amor de Dios.» Así que «dejemos andar esta taravilla de molino y molamos nuestra harina, no dejando de obrar (con) la voluntad y el entendimiento» (2). Y esto no con agudezas, buscando razones y ordenando pláticas, «sino dejando las letras á un cabo y poniendo unas pajitas con humildad para ayudar á encender el fuego; pues mucha leña junta de razones muy doctas... le apagarían» (3).

30. *Moradas quintas.—Oración de unión.*—Hénos ya en un grado de perfección mucho más levantado, á que Dios por su infinita misericordia eleva, cuando le place, las almas escogidas, en quienes se determina á derramar la abundancia de sus dones. Tres grados de unión distingue la Santa Madre. El primero, me-

(1) Mor. 4.^a, cap. 1.

(2) Mor. 4.^a, cap. 1.

(3) Vida, cap. xv.

nos perfecto que los otros dos, es unión de sola la voluntad, la cual está gozando en mucha quietud de su Dios, mientras que el entendimiento y la memoria andan libres, de modo que pueden tratar negocios y entender en obras de caridad. Esta manera de unión, de la cual se habla en el *Camino de perfección*, capítulo XXXI, párrs. 8 y 9, está admirablemente descrita, tanto aquí, como en el cap. XVII, párr. 3 de la *Vida*. «Parece, dice en esta última, que esta oración es todo uno con la de quietud antes expuesta; pero es diferente, porque allí está el alma, que no se querría bullir ni menear, gozando en aquel ocio santo de María; en esta oración también puede ser Marta. Ansí que está casi obrando juntamente en vida activa y contemplativa..., aunque no del todo están señores de sí; y entienden bien que está la mejor parte del alma en otro cabo. Es como si estuviésemos hablando con uno, y por otra parte, nos hablase otra persona, que ni bien estaremos en lo uno ni bien en lo otro. Es cosa que se siente muy claro, y da mucha satisfacción y contento cuando se tiene, y es muy gran aparejo para que, en teniendo tiempo de soledad ó desocupación de negocios, venga el alma á muy sosegada quietud.» Y en el *Camino de perfección* la explica por este símil que la inspiró el Señor, estando en la misma oración, y cuadra mucho á la Santa, y le parece que lo da á entender. «Está el alma como un niño que aún mama, cuando está á los pechos de su madre, y ella, sin que él paladee, échale la leche en la boca para regalarle. Ansí es acá, que sin trabajo del entendimiento

«está amando la voluntad, y quiere el Señor que, sin
 »pensar, lo entienda que está con él, y que sólo trague
 »la leche que Su Majestad le pone en la boca, y goce
 »de aquella suavidad, que conozca le está el Señor
 »haciendo esta merced y se goce de gozarla. Mas no
 »quiera entender cómo la goza y qué es lo que goza,
 »sino descuidese entonces de sí, que sé, quien está
 »cabe de ella, no se descuidará de ver lo que le con-
 »viene. Porque, si va á pelear con el entendimiento
 »para darle parte trayéndole consigo, no puede á
 »todo: forzado dejará caer la leche de la boca, y pierde
 »aquel mantenimiento divino. En esto, prosigue la
 »Santa, se diferencia esta oración de cuando está toda
 »el alma unida con Dios, porque entonces aun sólo
 »este tragar el mantenimiento no hace, dentro de sí
 »lo halla, sin entender cómo le pone el Señor» (1).

31. Algo semejante á este último estado acaece
 en la segunda manera de unión, en la cual Dios se
 enseorea «de la voluntad y aun del entendimiento,
 »porque el alma no discurre, sino que está ocupada
 »gozando de Dios, como quien está mirando y ve
 »tanto, que no sabe hacia dónde mirar; uno por otro
 »se le pierde de vista, que no dará señas de cosa» (2).
 Pero la memoria y la imaginación quedan desemba-
 razadas, «y, como ellas se ven solas, es para alabar
 »á Dios la guerra que dan, y como procuran desaso-
 »segarlo todo» (3). El alma se deshace «por verse

(1) *Camino de perf.*, cap. XXXI.

(2) *Vida*, cap. XVII.

(3) *Vida*, cap. XVII.

»junta adonde está la mayor parte y ser imposible,
 »sino que le dan tal guerra, que no la dejan valer;
 »mas, como faltan las otras potencias, no valen, aun
 »para hacer mal, nada. Harto hacen en desasosegar.
 »Digo para hacer mal, porque no tienen fuerza ni
 »paran en un ser..., que no parecen sino destas ma-
 »ripositas de las noches, importunas y desasosega-
 »das... En extremo me parece le viene al propio esta
 »comparación, porque, aunque no tienen fuerza para
 »hacer ningún mal, importunan á los que las ven.» El
 remedio de todo esto, es el mismo que antes se dió
 en la oración de quietud, «no hacer caso de la ima-
 »ginación más que de un loco, sino dejarla con su
 »tema, que sólo Dios se la puede quitar» (1), ó, como
 dice en el *Camino de perfección*, «reirse de ella, y
 »dejarla para necia, y estarse en su quietud, que ella
 »irá y verná; mas, en fin, aquí es señora y poderosa
 »la voluntad» (2), mientras que la imaginación queda
 por esclava. «Hémosla de sufrir con paciencia como
 »hizo Jacob á Lía, porque harta merced nos hace el
 »Señor, que gocemos de Raquel.»

32. Finalmente, hay otra unión perfecta, que es
 como un dormirse todas las potencias, de manera que
 ni del todo se pierden ni entienden como obran. El
 gusto, y suavidad, y deleite, es en este linaje de ora-
 ción mayor que en la pasada: «es un glorioso desati-
 »no, es una celestial locura, adonde se aprende la

(1) *Vida*, cap. XVII.

(2) *Camino de perf.*, cap. XXXI.

»verdadera sabiduría» (1). Las facultades del alma «sólo tienen habilidad para ocuparse todas en Dios; no parece se osa bullir ninguna, ni la podemos hacer menear si con mucho estudio no quisiésemos divertirnos, y aún no me parece que del todo se podría entonces hacer» (2). Sucede aquí al alma, lo que al gusano de seda, cuando, después de haber formado el capullo, muere, y se convierte en mariposa. Hé aquí cómo expone la Santa esta bellísima comparación: «Ya habréis oído las maravillas de Dios en cómo se cría la seda; pues de una simiente, que es á manera de granos de pimienta pequeños, comienza con el calor (en comenzando á haber hoja en los morales), á vivir; que hasta que haya este mantenimiento de que se sustenta, está muerta. Y con hojas de moral se crían, hasta que, después de grandes, les ponen unas ramillas, y allí con las boquillas van de sí mismos hilando la seda, y hacen unos capuchillos muy apretados adonde se encierran, y acaba este gusano, que es grande y feo, y sale del capucho una mariposita blanca muy graciosa. Así acá; entonces comienza á tener vida este gusano del alma, cuando con la calor del Espíritu Santo se comienza á aprovechar del auxilio general que á todos nos da Dios, y es el remedio que un alma, muerta en su descuido y pecados, y metida en ocasiones puede tener. Entonces comienza á vivir, y váse sustentando con esto y buenas meditaciones hasta que está crecida.

(1) Vida, cap. XVII.

(2) Vida, cap. XVI.

»Crecido este gusano (que es lo que hasta ahora en los principios queda dicho), comienza á labrar la seda y edificar la casa donde ha de morir, que es Cristo. Muere (al mundo) en la oración de unión, y sale de ella hecha una mariposita blanca. ¡Oh grandeza de Dios, y cuál sale un alma de aquí de haber estado un poquito metida en la grandeza de Dios y tan junta con él, que á mi parecer nunca llega á media hora! Yo os digo de verdad, que ella misma no se conoce á sí. Porque mirad la diferencia que hay de un gusano feo á una mariposa blanca, que la misma hay acá. No sabe de dónde pudo merecer tanto bien, vése con un deseo de alabar al Señor, que se querría deshacer y morir por él mil muertes. Luego le comienza á tener de padecer grandes trabajos sin poder hacer otra cosa. Los deseos de penitencia grandísimos, el de soledad, el de que todos conociesen á Dios; y de aquí le viene una pena grande de ver que es ofendido... ¡Oh, pues ver el desasosiego de esta mariposita con no haber estado más quieta y sosegada en su vida! Es cosa para alabar á Dios: y es que no sabe á dónde posar y hacer su asiento, que, como le ha tenido tal, todo lo que ve en la tierra le descontenta: en especial, cuando son muchas las veces que le da Dios de este vino, casi de cada una queda con nuevas ganancias. Ya no tiene en nada las obras que hacía siendo gusano, que era poco á poco tejer el capucho. Hánle nacido alas, ¿cómo se ha de contentar, pudiendo volar de andar paso á paso? Todo se le hace poco cuanto puede hacer por Dios, según son sus deseos. No tie-

»ne en mucho lo que pasaron los Santos, entendiendo
 »ya por experiencia cómo ayuda el Señor y transfor-
 »ma un alma, que no parece ella ni su figura. Porque
 »la flaqueza que antes le parecía tener para hacer
 »penitencia, ya la halla fuerte, el atamiento con deu-
 »dos y amigos ó hacienda, que ni le bastaban actos
 »ni determinaciones..., ya se ve de manera que le pesa
 »estar obligada á lo que para no ir contra Dios es
 »menester hacer. Todo le cansa, porque ha probado
 »que el verdadero descanso no le pueden dar las cria-
 »turas» (1). Las señales que pone para conocer, cuán-
 do esta unión con Dios es verdadera y cuándo no,
 son dos: 1.^a Una certidumbre inquebrantable, que
 queda en el alma, de que Dios la ha unido consigo,
 «con tal firmeza..., que, aunque pasen años sin tor-
 »narle Dios á hacer esta merced, no lo olvida ni puede
 »dudar que fué así» (2). 2.^a Los efectos que en el alma
 produce y ya están descritos, á lo cual debe añadirse
 una pena y quebranto grande que comienza á sentir
 el alma, por no hallar asiento en cosa alguna de la
 tierra, y no poder tornar allí donde gustó tan regala-
 dos deleites.

33. *Moradas sextas.—Desposorio espiritual.*—En
 esta Morada, la más bella y grandiosamente descrita

(1) Mor. 5.^a, cap. II.

(2) Mor. 5.^a, cap. I. Esta certidumbre inquebrantable y subje-
 tiva de que habla la Santa, no es, nótese bien, de estar en gracia
 de Dios, sino únicamente de haber estado unida con él, lo cual,
 absolutamente hablando, puede acontecer también á las almas pe-
 cadoras.

de todas, distingue cuidadosamente la Santa los actos
 previos, con que el alma se dispone para que el Señor
 la tome por esposa, el desposorio mismo, y los efec-
 tos ó dones sobrenaturales con que Dios largamente
 la enriquece. No se vaya á creer que este altísimo y
 regaladísimo don se parece á los que el Señor prodi-
 ga en las Moradas anteriores, no; el desposorio místico
 sobrepuja inmensamente los favores propios de la
 oración de unión, y se asemeja en gran manera al
 matrimonio espiritual que se consuma en la postrera
 Morada. Por eso dice al llegar aquí la Santa: «Esta
 »Morada y la postrera se pudieran juntar bien, porque
 »de la una á la otra no hay puerta cerrada; (y sólo)
 »porque hay cosas en la postrera, que no se han ma-
 »nifestado á los que no han llegado á ella, me pareció
 »dividirlas.» La diferencia entre estos tres últimos
 estados del alma, que son, unión perfecta, desposo-
 rio y matrimonio espiritual, la explica al fin de la
 Morada 5.^a (1), valiéndose al efecto de la compa-
 ración del Sacramento del Matrimonio y todo lo que
 á él precede. Pero hace notar antes, que los contenidos
 sobrenaturales del espíritu no se parecen en nada á
 los toscos y terrenales de los que carnalmente se des-
 posan; porque «las operaciones del primero, dice, son
 »limpísimas, y tan delicadísimas y suaves, que no hay
 »como sé decir» (2). «Paréceme á mí, prosigue, que
 »como acá, cuando se han de desposar dos, se tratan
 »(para ver) si son conformes... y para que más se sa-

(1) Cap. IV, párr. 2.

(2) Mor. 5.^a, cap. IV, párr. I.

»tisfagan el uno del otro; así, presupuesto que el concepto está ya hecho, y el alma bien informada (de) »cuán bien le está hacer en todo la voluntad de su »esposo de todas cuantas maneras ella viere que le »ha de dar contento, Su Majestad le hace misericordia de que le entienda (ó conozca) más, y que vengán á vistas para luego juntarla consigo. Podemos »decir que es así esto, porque pasa en brevísimo tiempo. Allí (en la oración de unión), no hay más que »dar y tomar; (no hay) sino ver el alma por una manera, quién es este esposo que ha de tomar... Mas »como es tal el esposo, de sola aquella vista la deja »más digna de que se vengán á dar las manos, como »dicen, y el alma queda tan enamorada, que hace de »su parte lo que puede para que no se desconcierte »este divino desposorio» (1), sino que reciba su consumación con el matrimonio espiritual, que es propio de la séptima y última Morada.

34. La preparación inmediata para recibir tan señalado favor son las tribulaciones, así en el cuerpo con enfermedades y recios dolores (2), como en el alma; por dar el Señor licencia á los demonios (3), y á las personas con quienes se trata (4), y á los mismos confesores (5), para que la mortifiquen y combatan con apretamientos interiores, que sólo pueden

(1) Mor. 5.^a, cap. IV, párr. 2.

(2) Mor. 6.^a, cap. I, párrs. 14 y 15.

(3) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 26.

(4) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 5.

(5) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 16.

compararse á los que en el infierno se padecen (1). No se halla entonces consuelo ninguno, ni de parte de la imaginación, ni de parte del entendimiento, en tan deshecha tempestad (2). Juntase con esto la pena, desgarradora y dulce al mismo tiempo, con que el mismo Dios sabrosísimamente la hiere. »Pues sucede »aquí muchas veces, dice, que, estando el alma des- »cuidada y sin pensar en Dios, Su Majestad la des- »pierta á manera de una cometa que pasa de presto, »ó un trueno, aunque no se oye ruido; mas entiende »muy bien el alma que fué llamada de Dios, y tan »entendido, que algunas veces (en especial á los principios) la hace estremecer y aun quejar, sin ser cosa »que la duela. Deshaciéndome estoy, Hermanas, por »daros á entender esta operación de amor, y no sé »cómo; porque parece cosa contraria dar á entender »el Amado claramente que está con el alma, y parecer »que la llama con una seña tan cierta que no se puede dudar, y un silbo tan penetrativo para entenderlo »el alma que no lo puede dejar de oír; (parece, digo, »imposible esto) y sentir al mismo tiempo una pena »que le llega tan á las entrañas, que, cuando de ellas »saca la saeta el que la hiere, verdaderamente parece »que se las lleva tras sí, según el sentimiento de amor »que siente. Esto dura á veces algún rato, quitase y »torna; pero nunca puede ser cosa movida, ni del natural, ni de melancolía, ni de antojo, ni ser engaño »del demonio (3). Otras veces se la comunica el Señor

(1) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 19.

(2) Mor. 6.^a, cap. I, párr. 20.

(3) Mor. 6.^a, cap. II.

»por medio de hablas interiores. Unas parece que
 »vienen de fuera, otras de lo muy interior del alma,
 »otras de lo superior de ella, y otras tan en lo inte-
 »rior, que parece se oyen con los oídos, porque pare-
 »ce voz formada» (1). Y aunque en esto cabe engaño
 del demonio ó de la propia imaginación, especial-
 mente en personas de flaca imaginación ó melancóli-
 cas, distingúense, cuando son de Dios, en el poder y
 señorío que traen consigo, que es hablando y obran-
 do; en la quietud y recogimiento devoto con que de-
 jan al alma dispuesta para alabar á Dios, y en lo es-
 culpidas que quedan en la memoria estas palabras,
 con tal seguridad de que se han de cumplir, que,
 aunque parezca que todo va al contrario, el alma no
 se puede rendir.

35. Dispuesta y habilitada ya así con trabajos,
 como también con mercedes tales, tiene lugar el favor
 propio de esta Morada. *El desposorio místico* no se
 celebra, si no es en estado de éxtasis ó arrobamiento
 de todos los sentidos; pues si, estando en el uso de
 ellos, se viera tan cerca de Su Majestad, no fuera po-
 sible, por ventura, quedar con vida. Dos clases hay de
 arrobamientos, unos simplemente tales, y otros llama-
 dos vuelos de espíritu. Acontece en los primeros,
 que, siendo el alma, aun fuera de la oración, tocada
 interiormente con alguna palabra de que se acordó ú
 oye de Dios, «de presto manda el esposo cerrar las
 »puertas de las Moradas y aun las del Castillo y cer-

(1) Mor. 6.^a, cap. III.

»ca. Qúitanle el huelgo de manera, que, aunque pue-
 »da hacer por un poquito uso de los otros sentidos,
 »el de la lengua desaparece y se anuda por completo,
 »sin poder hablar (y aun á veces todo se quita de
 »presto): las manos se enfrían y el cuerpo, de manera,
 »que parece no tiene alma, ni se entiende si echa el
 »huelgo» (1). Allí Dios la renueva y abrasa en su
 amor, y así, limpia y abrasada, «la junta consigo sin
 »entender allí nadie (lo que pasa) sino ellos dos: ni
 »aun la misma (lo) entiende de manera que lo pueda
 »después decir, aunque no está sin sentido inte-
 »rior» (2). «Esto dura poco espacio en un ser, porque,
 »quitándose esta gran suspensión un poco, parece
 »que el cuerpo torna algo en sí y alienta para tornar-
 »se á morir... Mas acaece, que, aunque se quita, la
 »voluntad queda tan embebida y el entendimiento
 »tan enajenado por días y días, que parece no es ca-
 »paz de entender en cosa que no sea para más des-
 »pertar la voluntad á amar» (3). Las potencias están
 absortas y como muertas, los sentidos lo mismo;
 pero, á pesar de esto, ven, sea por visión imaginaria,
 sea por visión intelectual, secretos y cosas del cielo,
 según le place á Dios demostrárselas.

El primer modo de visión hace, que, de tal manera
 queden las cosas impresas en la memoria, que nunca
 jamás se olvidan, y, por otra parte, las puede de al-
 guna manera declarar; pero «la visión intelectual,
 »cuando se tiene en el arrobamiento y fuera del uso

(1) Mor. 4.^a, cap. IV, párr. 16.

(2) Mor. 4.^a, cap. IV, párr. 3.

(3) Mor. 4.^a, cap. IV, párr. 17.

»de los sentidos, no deja imagen alguna en las potencias, y así no hay modo de declararla.» Y como sucede, cuando se entra en un gran palacio donde se ofrece á la vista mucho que ver, que luego se olvida todo, de manera que de ninguna de las cosas vistas en particular queda mas memoria que si no se hubieran visto, ni sabríamos decir de qué hechura son, mas por junto nos acordamos que lo vimos; así en la visión intelectual de arrobamiento está el alma tan hecha una cosa con Dios, que, aunque á veces la permite el Señor ver admirables secretos, queda, después que torna en sí, con aquel representásele las cosas que vió, mas no puede decir ninguna (1).

(1) Hé aquí las palabras con que la Seráfica Madre expone esta idea: «Deseando estoy acertar á poner una comparación, para si pudiese dar á entender algo de esto que voy diciendo, y creo no hay que la cuadre; mas digamos esta. Entráis en un aposento de un Rey ó gran señor (creo camarín los llaman), adonde tienen infinitos géneros de vidrios, y barros, y muchas cosas puestas por tal orden, que casi todas se ven en entrando. Una vez me llevaron á una pieza de estas en casa de la Duquesa de Alba..., que me quedé espantada en entrando, y consideraba de qué podía aprovechar aquella baraunda de cosas, y veía que se podía alabar al Señor de tantas diferencias de cosas, y ahora me cae en gracia cómo me han aprovechado para aquí. Y aunque estuve allí un rato, era tanto lo que había que ver, que luego se me olvidó todo, de manera, que de ninguna de aquellas piezas me quedó mas memoria que si nunca las hubiera visto, ni sabía decir de qué hechura eran, mas por junto acuérdate que lo vió. Así acá, estando el alma tan hecha una cosa con Dios, metida en este aposento del cielo empíreo..., algunas veces gusta (el Señor) que... de presto vea lo que está en aquel aposento, y así queda, después que torna en sí, con aquel representásele las grandezas que vió; mas no puede decir ninguna, ni llega su natural á más de lo que sobrenatural ha querido Dios que vea.» — Mor. 6.^a, cap. IV, párrs. 9 y 10.

36. El vuelo del espíritu, aunque no se distingue esencialmente del éxtasis ordinario, le lleva ventaja en la fuerza y poder con que obra en el alma, como un fuego grande de otro pequeño. Al primero llama Santa Teresa en la *Vida*, cap. XVIII, párr. 3, *unión* simplemente, por el desposorio espiritual y esencialmente *unitivo* que en él se efectúa; y al segundo, *levantamiento en la unión*. «Acaece de presto, dice, »que estando el alma buscando á Dios, se siente un »movimiento tan acelerado de la misma, que parece »es arrebatado el espíritu con velocidad» (1). Siéntese turbación y temor, mas no hay modo de resistir, antes es peor; »que con la facilidad que un gran jayán »puede arrebatar una paja, éste nuestro gran gigante »y poderoso arrebata el espíritu» (2). «No parece sino »que (sobre) aquel pilar de agua que dijimos en la »cuarta Morada, que con suavidad (digo sin ningún »movimiento), se henchía, aquí desató este gran Dios »los manantiales por donde venía á este pilar el agua, »y con un ímpetu grande se levanta una ola tan poderosa, que sube á lo alto esta navecica de nuestra »alma. Y así como no puede una nave, ni es poderoso el piloto, ni todos los que la gobiernan, para »que las olas, si vienen con furia, la dejen estar adonde quieren, muy menos puede lo interior del alma »detenerse en donde quiere, ni hacer que sus sentidos »ni potencias hagan más de lo que les tienen mandado, que lo exterior no se hace aquí caso de ello» (3).

(1) Mor. 6.^a, cap. V, párr. 1.

(2) Mor. 6.^a, cap. V, párr. 2.

(3) Mor. 6.^a, cap. V, párr. 3.

Para esto es menester gran ánimo, que es cosa que acobarda en gran manera; y si Nuestro Señor no se le diese, andaría siempre con gran aflicción, viendo su mala correspondencia á Dios de tantas mercedes, en las faltas, quiebras y flojedad de sus obras. «Y tengo para mí, que, si á los que andan muy perdidos por el mundo se les descubriese Su Majestad, como hace á estas almas; que, aunque no fuese por amor, por miedo no le osarían ofender» (1). Los efectos exteriores que causa en el cuerpo este favor, son semejantes á los del simple arrobamiento, aunque más vehementes; y se hallan admirablemente descritos en el cap. XVIII, párrs. 6 y 7 de la *Vida*, cuando dice: «Siéntese (el alma) con un deleite grandísimo y suave casi desfallecer toda, con una manera de desmayo que le va faltando el huelgo y todas las fuerzas corporales, de manera que, sino es con mucha pena, no puede aún menear las manos. Los ojos se le cierran sin quererlos cerrar, y si los tiene abiertos, no ve casi nada; ni si lee, acierta á decir letra, ni casi atina á conocerla bien. Ve que hay letra; mas, como el entendimiento no ayuda, no sabe leer aunque quiera. Oye, mas no entiende lo que oye. Así que de los sentidos no se aprovecha nada, sino es para no la acabar de dejar á su placer, y así antes la dañan. Hablar es por demás, que no atina á formar palabra, ni hay fuerza ya que atinase para poderla pronunciar; porque toda la fuerza exterior se pierde, y se aumenta en las del alma para mejor poder gozar de

(1) Mor. 5.^a, cap. v, párr. 5.

»su gloria. El deleite exterior que se siente es grande y muy conocido...; ni hace daño la oración por larga que sea... Verdad es que á los principios pasa en tan breve tiempo... que en la falta de sentidos no se da tanto á entender, más bien se entiende en la sobra de mercedes, que ha sido grande la claridad del sol que ha estado allí; pues así la ha derretido... Por largo que sea el espacio de estar el alma en esta suspensión de todas las potencias, es bien breve: cuando estuviese media hora, es muy mucho... La voluntad es la que mantiene la tela, mas las otras dos potencias presto tornan á importunar. Como la voluntad está queda, tórnalas á suspender, y están otro poco, y tornan á vivir. En esto se pueden pasar algunas horas de oración, porque, comenzadas las dos potencias á emborrachar y gustar de aquel vino divino, con facilidad se tornan á perder de sí para estar muy ganadas, y acompañan á la voluntad y se gozan todas tres. Esto por lo que hace á los sentidos y potencias del alma, y á los afectos que en ellas nacen y quedan como entrañados. «El alma deshácese toda, prosigue; ya no es ella la que vive, sino Dios en ella. Faltan allí todas las potencias y se suspenden de manera, que en ninguna manera se entiende cómo obran. Si estaba pensando en un paso, así se pierde la memoria como si nunca la hubiera habido de él; si lee, en lo que leía no hay acuerdo ni parar; si rezar, tampoco. Así que á esta mariposilla importuna de la memoria se la queman las alas; ya no se puede más bullir. La voluntad debe estar bien ocupada en amar, mas no entiende cómo ama. El entendimiento,

»si entiende, no se entiende cómo entiende. Á mí no
 »me parece que entiende, al menos no puede com-
 »prender nada de lo que entiende, porque, como digo,
 »no se entiende; yo no acabo de entender esto (1)...
 »El ánima queda animosa; que, si en aquel punto la
 »hiciesen pedazos por Dios, le sería gran consuelo.
 »Allí son las promesas y determinaciones heroicas,
 »la viveza de los deseos, el comenzar á aborrecer el
 »mundo, el ver muy claro su vanidad... Está muy más
 »aprovechada y la humildad más crecida. Vése indig-
 »nísima, porque en pieza donde entra mucho sol, no
 »hay telaraña escondida; ve su miseria. Va tan fue-
 »ra la vanagloria, que no le parece la podría tener;
 »porque ya es por vista de ojos lo poco ó ninguna cosa
 »que puede, que allí no hubo casi consentimiento,
 »sino que parece que aunque no quiso la cerraron las
 »puertas de los sentidos para que más pudiese gozar
 »del Señor. Quédase sola con él; ¿qué ha de hacer
 »sino amarle? De sí ve que merece el infierno y que
 »la castigan con gloria... ¡Bendito seáis, Señor, que así
 »hacéis de piscina tan sucia agua tan clara que sea
 »para vuestra mesa» (2).

37. Tales son los prodigiosos efectos que obra en el alma esta oración, según los expone en la *Vida*, á los cuales deberán añadirse los que pone en la presente Morada, para mejor conocer cuándo tan señalados favores no son ilusión del demonio ni antojo de

(1) *Vida*, cap. XVIII.

(2) *Vida*, cap. XIX.

la imaginación. En varias de las operaciones antedichas no cabe engaño, porque el demonio, ni puede obrarlas en nosotros, ni aun fingirlas, como ya antes se indicó; y la certidumbre incontrastable que queda en el alma de que Dios le ha hablado, es prueba segura de ello. Mas si á todo esto se juntan ansias grandísimas de salir de este destierro y hastío de vivir en él, deseos de publicar las divinas alabanzas y grandezas de Dios, júbilos grandes (por más que pasen pronto), junto con grande libertad para gozar de Dios, é ímpetus vehementísimos, «á manera de golpes, aunque no son golpes,» ó á manera de saetas ó rayos, que de presto pasan y dejan hecho polvo todo cuanto hallan de tierra en nuestro natural; si todo esto se junta á lo antes expuesto, y deja en el alma una noticia viva del mismo Señor, la cual hace crecer tanto la pena de no poder gozarle, que arranca grandes gritos, por más que la persona que lo experimenta esté habituada á padecer dolores y sea muy sufrida, entonces no cabe la menor duda que el dispensador de tales mercedes es Dios.

38. *Moradas séptimas.—Matrimonio espiritual.*—Ved aquí al alma ya al fin de su jornada. Dispuesta así con tan inmenso cúmulo de penas y sabrosísimas mercedes, introdúcela el Señor en la mansión, donde él de continuo mora, y únala consigo, no de la manera que antes la unía, esto es, perdiéndose y anegándose en el sumo Bien todas sus potencias; sino más bien «quitándole las escamas de los ojos,» para que entienda por visión intelectual la merced, con

que el Señor quiere poner el colmo á sus regalos. Muéstrasele entonces «la Santísima Trinidad con una inflamación que se apodera de su espíritu, á manera de una nube de grandísima claridad; y, por una noticia admirable que la esclarece, comienza á entender con grandísima verdad ser todas tres Personas una sustancia, y un poder, y un saber, y un sólo Dios. Aquí se la comunican todas tres Personas..., y la hablan, y la dan á entender (el sentido de) aquellas palabras que dijo el Señor en el Evangelio: *«Que venía Él, y el Padre, y el Espíritu Santo á morar con el alma que guarda sus mandamientos.»* Y estas tres divinas Personas no se van, sino que el alma notoriamente sigue viendo (aunque no con tanta claridad como antes cuando el Señor se la mostró), que perseveran en su compañía, en lo interior del alma, en lo muy más interior, en una cosa muy honda... Digamos ahora como (si á) una persona, que estuviese en una muy clara pieza con otras, cerrasen las ventanas y se quedase á oscuras. No porque se la quitó la luz para verlas, y que hasta tornar la luz no las ve, deja de entender que están allí» (1).

39. Con esta noticia queda habilitada para recibir el último y más preciado don del *espiritual matrimonio*, el cual no se consuma del todo, y con perfección plena y absoluta, en la presente vida, porque mientras vivimos podemos apartarnos de Dios y rom-

(1) Mor. 7.^a, cap. i.

per este divino vínculo. «La primera vez, dice, que Dios hace esta merced, quiere Su Majestad mostrarse al alma por visión imaginaria de su sacratísima Humanidad, para que lo entienda bien y no esté ignorante de que recibe tan soberano don. Á otras personas, dice la Santa, será por otra forma; mas á la persona de quien yo hablo (que es ella misma), se le representó el Señor, acabando de comulgar, con forma de gran resplandor, y hermosura, y majestad, como después de resucitado, y le dijo que era ya tiempo de que sus cosas tomase ella por suyas, y Él tenía cuidado de las suyas, y otras palabras que son más para sentir que para decir. Parecerá que no era esto novedad, pues otras veces se había el Señor representado á esta alma en esta manera. Fué tan diferente, que la dejó bien desatinada y espantada: lo uno porque fué con gran fuerza esta visión; lo otro por las palabras que le dijo, y también porque en lo interior de su alma, adonde se le representó, si no es la visión pasada, no había visto otras» (1). «Pasa esta secreta unión del matrimonio espiritual en el centro muy interior del alma, que debe ser adonde está el mismo Dios, y á mi parecer no ha menester puerta por donde éntre. Digo que no ha menester puerta, porque en todo lo que se ha dicho hasta aquí (es decir, hasta esta Morada), parece que va por medio de los sentidos y potencias, y este apaciguamiento de la Humanidad del Señor así debía ser; mas lo que pasa en la unión del matrimonio espiri-

(1) Mor. 7.^a, cap. II.

»tual es muy diferente. Aparecese el Señor en este
 »centro del alma sin visión imaginaria, sino intelec-
 »tual, aunque más delicada que las dichas (en la Mo-
 »rada anterior), como se apareció á los Apóstoles
 »cuando les dijo sin entrar por la puerta: *Pax vobis*.
 »Es un secreto tan grande y una merced tan subida
 »lo que comunica Dios allí al alma en un instante, y
 »el grandísimo deleite que siente, que no sé á qué lo
 »compare, sino á que quiere el Señor manifestarle
 »por aquel momento la gloria que hay en el cielo,
 »por más subida manera que por ninguna visión ni
 »gusto espiritual. No se puede decir más de que
 »queda el alma, digo el espíritu de esta alma, hecho
 »cosa con Dios; que, como es espíritu, ha querido Su
 »Majestad mostrar el amor que nos tiene en dar á
 »entender á algunas personas á dónde llega, para que
 »alabemos su grandeza. Porque de tal manera ha
 »querido juntarse con la criatura, que, así como los
 »que ya no se pueden apartar, no se quiere apartar
 »él de ella» (1). Y esta es la diferencia que existe
 »entre el Matrimonio y Desposorio espiritual, *la cual*
 »es tan grande «como la hay entre dos desposados,
 »y aquellos que ya no se pueden apartar» (2). Pues,
 »aunque en el Desposorio hay unión, y unión es hacer
 »de dos cosas una; «en fin se pueden apartar y quedar
 »cada una por sí, como vemos ordinariamente que
 »pasa presto aquella merced del Señor, y después se
 »queda el alma sin esta compañía, digo de manera

(1) Mor. 7.^a, cap. II, párrs. 3, 4 y 5.

(2) Mor. 7.^a, cap. II, párr. 2.

»que la entiendan. En estotra merced no, porque
 »siempre queda el alma con su Dios en aquel centro.
 »Digamos que es la (oración de) *unión* como si dos
 »velas de cera se juntasen tan en extremo que toda
 »la luz fuese una, ó que el pábilo y la luz y la cera
 »es todo uno; mas después bien se puede apartar la
 »una vela de la otra y quedan en dos velas, ó el pá-
 »bilo (separarse) de la cera (y quedaría dos cosas dis-
 »tintas). Acá es como si cayendo agua del cielo en
 »un río ó fuente, adonde queda hecho todo una (masa
 »de) agua, que no podrán ya dividir ni apartar cual
 »es del río ó lo que cayó del cielo; ó cómo si un
 »arroyico pequeño entra en la mar, no habrá reme-
 »dio de apartarse; ó cómo si en una pieza estuviesen
 »dos ventanas por donde entrase gran luz, aunque
 »entrase dividida, se hace todo una luz» (1).

40. «Y esto se entiende mejor, cuando anda el
 »tiempo, por los efectos. Porque se entiende claro
 »por unas secretas aspiraciones, ser Dios el que da
 »vida á nuestra alma; muy muchas veces tan vivas,
 »que en ninguna manera se puede dudar..., y no se
 »puede excusar de decir: ¡*Oh vida de mi vida y sus-
 »tento que me sustentas!* y cosas de esta manera.
 »Porque de aquellos pechos divinos, adonde parece
 »está Dios siempre sustentando al alma, salen unos
 »rayos de leche, que toda la gente del Castillo con-
 »forta, que me parece quiere el Señor..., que de aquel
 »río caudaloso, adonde se consumió esta fuentecica

(1) Mor. 7.^a, cap. II, párrs. 6 y 7.

»pequeña, salga algunas veces algún golpe de aquel
 »agua para sustentar los que en lo corporal han de
 »servir á estos dos desposados (ó casados). Y, así
 »como sentiría esta agua una persona que está des-
 »cuidada, si de presto la bañasen en ella y no la
 »podría dejar de sentir; de la misma manera, y aun
 »con más certidumbre, se sienten las operaciones
 »que digo. Porque, así como no nos podría venir un
 »gran golpe de agua, si no tuviera principio; así se
 »entiende claro que hay en lo interior quien arroje
 »estas saetas, y dé vida á esta vida, y que hay sol
 »de donde procede una gran luz, que se envía á las
 »potencias de lo interior del alma» (1). Son también
 efectos de esta merced: 1.º Una grandísima paz inte-
 rior, que, aunque las potencias y sentidos anden á
 veces desasosegados, nunca se pierde; y «estáse el
 »alma tranquila, como el rey con grande quietud en
 »su palacio, por más que haya muchas guerras en su
 »reino y muchas cosas penosas (2). 2.º Un grande
 »olvido de sí, que verdaderamente parece ya no es,
 »pues la mariposica murió con grandísima alegría de
 »haber hallado reposo y vive en Cristo» (3). 3.º Un
 grandísimo deseo de padecer, «mas no de manera
 »que la inquiete, como (antes) solía; porque es en
 »tanto extremo el deseo que queda en estas almas
 »de que se cumpla la voluntad de Dios, que todo lo
 »que Su Majestad hace, tiene por bueno: si quisiere
 »que padezca, enhorabuena; si no, no se mata, como

(1) Mor. 7.^a, cap. II, párrs. 9 y 10.

(2) Mor. 7.^a, cap. II, párr. 18.

(3) Mor. 7.^a, cap. III, párr. 4.

»solía (1). 4.º Un grande gozo interior, cuando es
 »perseguida, con mucha más paz que lo que queda
 »dicho y sin ninguna enemistad con los que les hacen
 »mal ó desean hacer, antes les cobran amor particu-
 »lar; de manera, que, si los ven en algún trabajo, lo
 »sienten tiernamente, y cualquiera tomarían por li-
 »brarlos de él, y encomiéndanlos á Dios de muy
 »buena gana (2). 5.º Un grande deseo de servir al
 »Señor y de que sea alabado, tal, que, si supiesen
 »cierto que en saliendo el alma del cuerpo ha de go-
 »zar de Dios, no les hace al caso: ni pensar en la
 »gloria que tienen los Santos, no desean por enton-
 »ces verse en ella, pues la tienen puesta en ayudar
 »en algo al Crucificado, en especial cuando ven que
 »es tan ofendido (3). 6.º Un desasimiento grande de
 »todo, y deseo de estar siempre á solas ú ocupadas
 »en cosa que sea de provecho de alguna alma; y no
 »(con) sequedades y trabajos interiores, sino con una
 »memoria y ternura con Nuestro Señor, que nunca
 »querría estar, sino dándole alabanzas; y cuando se
 »descuida, el mismo Señor la despierta, como queda
 »dicho» (4).

41. Ved aquí reducido á compendio todo el siste-
 ma doctrinal de la Seráfica Doctora sobre Teología
 mística. Antes de analizarle y juzgarle, recapitulemos
 con el laconismo posible todo lo expuesto. En la

(1) Mor. 7.^a, cap. III, párr. 5.

(2) Mor. 7.^a, cap. III, párr. 5.

(3) Mor. 7.^a, cap. III, párr. 6.

(4) Mor. 7.^a, cap. III, párr. 9.

oración de *recogimiento* las potencias siéntense como *atraídas* á lo interior del alma por el dulce reclamo del Pastor divino; pero todavía pueden y deben poner algo de su eficacia natural para responder á este divino llamamiento; en la de *quietud* Dios las *suspende*, y el deleite, que experimentan con la presencia de su Amado, es tan grande, que las eleva á un estado de enajenamiento, el cual entorpece su habitual energía. La *unión* con Dios obra con más fuerza todavía; hácelas *dormir* el sueño de la paz y del amor, y, constituidas en este estado, véanse incapaces de arbitrar medio alguno con que sacudir de sí esa especie de letargo místico. *Mueren* por fin al mundo y á sí mismas en el desposorio espiritual que se celebra en la 6.^a Morada, y *resucitan* á nueva vida en la Morada 7.^a, para consagrarse al servicio del esposo celestial, con quien se han unido en vínculo indisoluble de amor. Pasemos ahora á estudiar, en la medida que nuestro corto ingenio lo permite, el valor filosófico y literario de tan maravilloso sistema doctrinal.

42. Para rastrear de alguna manera lo grandioso de esta concepción, ya la consideremos en sí misma, ya en el admirable desarrollo de cada una de sus partes, conviene ante todo anticipar ciertas ideas, y hacer luego mención especial de algunos de los escritores que han precedido en este camino á la Seráfica Doctora. Muy en su lugar estaría aquí echar una rápida ojeada sobre la historia del misticismo en general, y

del español muy en particular; los límites empero de esta disertación, ya demasiado extensa, no me permiten dar cabida en ella á tantos nombres y escritos, como fuera necesario mencionar. La palabra místico, helénica de origen, *μυστικός*, se usaba entre los griegos para designar á los iniciados en los misterios del culto, con que se honraba á alguna de sus deidades. Tal es la significación que tiene en varios pasajes de Aristóteles, según la interpretación común de sus escoliastas y comentadores. De los gentiles pasó á los cristianos, quienes aplicaron esta denominación á aquellas almas predilectas, que, por penetrar más hondamente en la inteligencia de las cosas divinas y unirse con más apretado lazo de amor al supremo Bien, participaron más de la vida sobrenatural y extraordinaria con que el Espíritu divino hace vivir á su regalada esposa, la Iglesia de Cristo. Místicos fueron, por consiguiente, todos aquellos Santos cuya inteligencia y cuya voluntad, henchidas por la infusión sobreabundante de esos misteriosos dones, fueron constituidas en un estado psicológico particular, desconocido para el vulgo de las almas justas. Según esto, y tomada la palabra *místico* en toda su latitud, será escritor místico sólo aquel en cuyas obras se vea la manifestación de este estado psicológico, bien sea por tratar y exponer esta materia, ó bien por dar á sus producciones una forma tal, que revele en ideas y afectos ese endiosamiento del alma, misteriosamente unida con Dios.

43. En efecto, dos son las condiciones precisas,

que para juzgar atinadamente sobre escritos de este género, debemos siempre tener en cuenta: la materia sobre que versan, y la forma de que se revisten. Constituyen la materia de la Teología mística, según acabamos de indicar y dijimos ya al dar principio á este trabajo, las operaciones que el alma ejercita, cuando, sometida al influjo de una acción, extraordinaria aun en el mismo orden sobrenatural, se encumbra en alas de fuego divino, hasta el santuario de la divinidad, y allí, muerta á sí misma, despojada de su miseria, sobrenaturalmente transformada, vive de la vida de Dios. Con sólo tener presente esta observación, hubieran evitado muchos escritores, eruditos más que sabios concienzudos, la confusión lastimosa en que han incurrido, clasificando entre los *escritores místicos* á los que sólo merecen el nombre de ascetas (1). Ni basta para ser acreedor al glorioso dictado de *Doctor místico*, tratar incidentalmente, y como de paso, de alguna de estas operaciones; sino que se requiere, como condición indispensable, hacer ver uno por uno los pasos con que el alma avanza por esta escabrosa senda, á la manera que, para ser acreedor al renombre de Doctor en Teología ó Jurisprudencia, se requiere abarcar las diversas partes que estas Facultades encierran. Esta consideración me mueve á separarme también de algunos escritores, que, tomando en sus juicios críticos otro punto de partida, prodigan con demasiada facilidad la borla *mística* á

(1) Tal es, entre otros, Mr. Rousselot, en su obra *Les Mistiques Espagnols*.

Doctores ascéticos, en cuyas obras sólo se leen ligeros toques y conceptos aislados, que pertenezcan al dominio de la Mística.

44. Pero avancemos, concretando más y más las ideas. *Literariamente* considerados, no se apellidan *místicos* todos los escritos en que se desenvuelve la materia propia de esta ciencia sagrada. La fría y árida pluma del escolástico que desentrañase estos misterios, y, explayándose en investigaciones psicológicas, nos describiese los diversos estados porque atraviesa el espíritu antes de llegar á la posesión de Dios por unión de amor, conquistaría de seguro para el autor el nombre *científico* de escritor místico, mas no los honores reservados en la *crítica literaria* para esta honrosa denominación. ¿Y por qué? Porque lo que constituye el nervio del misticismo, la sangre, por decirlo así, que le da vida, no es la materia sobre que versan, sino la forma. Es ese vapor santo que hinche los senos del alma, y humea como oloroso incienso de todos los pensamientos que el entendimiento engendra, y de todas las palabras que la lengua articula, es el fervido afecto que debe palpar en las páginas de escritos tales. Sin esto no hay misticismo, y el autor de tales producciones será sabio, será filósofo, teólogo, moralista, asceta, cuanto queráis; pero místico no lo será, no puede serlo: *literariamente* hablando, nadie así le apellidará.

45. Algo de este vago anhelar á la posesión del Ser, que contemplaban como inteligencia suprema y

sumo Bien, tuvo la escuela socrática de Atenas, sobre todo en el más grande y sublime de sus pensadores, el divino Platón. Este filósofo portentoso, después de haber puesto en boca de Sócrates aquella sublime teoría sobre el amor, según la cual es preciso elevarse del amor de la belleza corporal, al de la belleza moral, y de éste al amor de la belleza intelectual, termina la exposición de su teoría, con estas palabras: «Atiende ahora ¡oh Sócrates! á lo que voy á decir, con todas las fuerzas de tu alma (1). Todo el que, pasando por esos diversos grados de amor, haya llegado hasta aquí, conseguirá como fin y término de su amoroso afecto el contemplar una admirable belleza... Una belleza que siempre existe, que no nace ni muere, que no aumenta ni disminuye, que no es hermosa por una parte y fea por otra..., hermosa aquí y fea allí, hermosa para estos y fea para aquellos. Que no es hermosa con hermosura participada, sino en sí misma, por sí misma, constante y uniformemente hermosa. Todas las otras cosas bellas, lo son por participación de esta belleza suma, y de tal manera, que, cuando ellas nacen ó mueren, en nada la alteran, nada por eso pierde, nada con ellas gana... ¡Qué felicidad la de contemplar en sí misma esa divina hermosura, clara, íntegra, pura, limpia, sin mezcla de carne, ni color, ni de otras bagatelas humanas y terrenales! ¡Tendrás en poco la vida del hombre que tiene puestos allí los ojos, y disfruta de su vista,

(1) *Ερωτικός*, vel *De amore*. Estas palabras las supone Platón oídas por Sócrates de Diótima, «mujer muy sabia y adivina,» y, como tales, las refiere este último á sus convidados.

»y se une con ella íntimamente? ¿No es verdad que quien la mira, con los ojos con que esta belleza puede sólo mirarse, engendrará en su alma y para bien suyo, no imágenes de virtudes, sino las virtudes mismas? Porque no se unirá á la sombra, sino á la realidad de la *virtud*; y, produciéndola y sustentándola en su alma, se hará amigo de Dios, y gozará, como hombre ninguno, de la inmortalidad.» Aquí hay ráfagas de vivísima luz, que calientan y disponen el corazón para los amorosos transportes del misticismo cristiano; pero sólo ráfagas. Otro tanto, y aun quizás todavía menos, puede decirse de la escuela de Plotino (1) y de los Gnósticos de Alejandría, de los judíos secuaces de Filón (2) y de sus hermanos los Teósofos árabes de la Edad Media en España (3). Gabirol y Tofail, así como todos sus afines los Neoplatónicos de Oriente y Teósofos de Occidente, más que verdaderos místicos, han sido profundos contemplativos de las cosas divinas; y el misticismo, aunque *supone* esta profunda contemplación como fundamento, no consiste en esa elaboración puramente intelectual, sino en la efervescencia de la voluntad que ella produce; no arranca *inmediatamente* de la cabeza, sino del corazón. El luminoso raudal, de donde los puros destellos místicos se derivan, el venero inagotable de aguas

(1) Este es, por lo menos, mi juicio sobre la *unificación* ó *simplificación* expuesta en sus *Enneades*, y transmitida por Porfirio.

(2) Filón: *De Vita contemplativa*.

(3) No nos detenemos en mencionar á los *yogúes* indios y *sofíes* persicos, porque la idea panteísta, en que radica su sistema, mata forzosamente todo germen de misticismo.

vivas, donde han bebido los místicos verdaderos, no hay que buscarle, ni en las cenagosas hondas del Panteísmo indostánico, ni en los intermitentes y secos manantiales de la Moral helénica, ni en las horadadas cisternas de la infecunda herejía. No, no: Budha y Brahma, Júpiter y Mahoma jamás han tenido ni tendrán la virtud procreadora de verdaderos corazones místicos. Persépolis y Atenas, Alejandría y Córdoba fueron siempre páramos estériles, donde la semilla del misticismo, ó no cayó, ó no germinó, ó, por lo menos, degeneró hasta convertirse en planta bastarda é infructuosa. ¿Diré más? El falso Dios de Eutiches y Nestorio está condenado á la misma infecundidad que los monstruosos ídolos gentílicos porque todos los herejes, los cismáticos todos, como ramas arrancadas del árbol de la unidad, no participan de la savia con que el Espíritu Santo le vivifica, única engendradora de estos dulcísimos y regaladísimos frutos.

46. Preciso es salvar la inmensa distancia que media entre el mundo antiguo y el mundo regenerado, entre los Diálogos de Platón y los versos de Sinesio ó las Confesiones de San Agustín, para tropezar con lo que inútilmente buscaríamos hasta llegar aquí. Aquella increada sabiduría, cantada en Oriente por el Obispo de Tolemaida, y aquella hermosura sobresustancial, *tan tarde conocida y tan tarde amada* por el Obispo de Hipona, fué la que hizo estampar sobre el papel los primeros ardores místicos á estas dos ilustres plumas del Catolicismo. Esa misma inspiró

después las ardorosas meditaciones á San Anselmo, los amorosos deliquios de San Bernardo, las efusiones místicas á San Buenaventura. Mas estos Santos, aunque inflamados á veces del fuego divino, que el gentilismo y la herejía por completo desconocieron, no pensaron jamás (1) en escribir una Teología mística, donde dejaran marcados los escalones que el espíritu debe recorrer para ascender desde la nada de su miseria, hasta el abismamiento en la infinita realidad del Ser supremo. Otros escritores, por el contrario, hubo en la Iglesia Católica, que pretendieron y llevaron á cabo tan árdua empresa; mas sin el arrebató místico que embelleció las fogosas páginas de los Padres y Doctores anteriormente citados. San Dionisio Areopagita (ó quien quiera que sea el autor de las obras que á este Santo se atribuyen) (2), San Juan Clímaco (3), Ricardo de San Victor (4), Gersón (5), Rusbroquio (6) y Taulero, son otros tantos escritores de Teología mística, en quienes resplandece la claridad, el orden, el enlace de las ideas y la composición armónica de los elementos esparcidos acá y acullá, por las obras de los Santos Padres; pero fáltales con frecuencia el transporte del arrebató místico, lo cual hace que sus

(1) Debe exceptuarse á San Buenaventura, en su obra *Theologia Mystica*.

(2) Vid. *Theologia Mystica*.

(3) Vid. *Scala Paradisi*.

(4) *De gradibus charitatis* y *De quatuor gradibus violentae charitatis*.

(5) Vid. *De monte contemplationis*.

(6) Vid. *Commentaria in tabernaculum Moysis* y *Regnum amantium Deum*.

escritos enseñen más que inflaman el corazón de los lectores.

47. Á España cabe la gloria de haber producido y amamantado á sus pechos en un mismo siglo, á un tiempo mismo dos genios místicos, en cuyo espíritu la inteligencia y el corazón, la contemplación honda de las cosas celestiales y el ardoroso afecto hacia Dios se dieron beso de paz: Santa Teresa de Jesús y San Juan de la Cruz. Ambos brillaron como dos grandes lumbreras, acaso las mayores, en el sereno cielo de la Teología mística, y, si la índole de este trabajo lo permitiese, no estaría aquí fuera de propósito un paralelo entre ambos escritores. Mas ya que, por pertenecer este asunto á un *tema* determinado, sea terreno vedado para mí, permítaseme, por lo menos, consignar como rasgo característico de las obras de San Juan de la Cruz, el dualismo personal que, á mi parecer, en ellas se trasluce. Pálpanse allí como dos almas, dos corazones, dos plumas. Uno es el apasionado poeta del *Cántico espiritual*, de la *Subida al Monte Carmelo* y de la *Noche oscura*, y otro el comentador de aquellas cadenciosas estancias tan preñadas de misterioso sentido. Aquí muéstrase teólogo profundo y profundo pensador, que explota la ciencia escolástica y la pone al servicio de su pluma para esclarecer los recónditos arcanos de la materia que trata; pero se echa de menos á veces en su estilo el fuego sagrado de la inspiración mística. En las poesías, por el contrario, irradia pujante y apasionado el misticismo de San Juan de la Cruz, hermano gemelo

del misticismo de Santa Teresa, y sangre de la sangre de sus venas. Oid, si no, estas estrofas tomadas á la ventura de su *Cántico espiritual*:

Pastores, los que fuerdes
Allá por las majadas del Otero,
Si por ventura vierdes
Aquel que yo más quiero,
Dícidle que adolezco, peno y muero.

Buscando mis amores
Iré por esos montes y riberas;
Ni cogeré las flores,
Ni temeré las fieras,
Y pasaré los fuertes y fronteras.
¡Oh bosques y espesura,
Plantado por la mano del Amado!
¡Oh prado de verdura
De flores esmaltado,
Decid si por vosotros ha pasado!

—Mil gracias derramando
Pasó por estos sotos con presura,
Y, yéndolos mirando,
Con sola su figura
Vestidos los dejó de hermosura.

.....
—Y todos cuantos vagan
De ti me van mil gracias refiriendo,
Y todos más me llagan,
Y déjame muriendo
Un no sé qué que quedan balbuciendo.

.....
Apaga mis enojos,
Pues que ninguno basta á deshacellos:
Y véante mis ojos,
Pues eres lumbré de ellos,
Y sólo para ti quiero tenellos.

.....
¡Oh cristalina fuente!
Si en esos tus semblantes plateados
Formases de repente
Los ojos deseados,
Que tengo en mis entrañas dibujados!

¿No parecen estas estancias por sus afectos y lenguaje trozos arrancados de la *Vida* de la Santa ó de sus *Exclamaciones*, rimados en cadenciosos versos? ¿No parecen inspirados por aquella *celestial locura y glorioso desatino* de que nos habla en la oración de *unión*? Aquí, como allí, todo es fuego, todo amor, todo derretimiento del alma ante la bondad y hermosura de su Amado: fondo y forma, todo respira el más acendrado y sublime misticismo. Veamos en particular cada una de estas dos cosas en lo que atañe á nuestro propósito; es decir, en los escritos de la Seráfica Doctora.

48. Su mérito, ante todo, por el fondo de doctrina que en él se encierra, es inapreciable; y quien no haya leído á Santa Teresa con la pluma en la mano, jamás podrá debidamente admirarla. Para formarse cabal idea de las dificultades, con que debió tropezar el escritor que osó acometer tan improba tarea, sería preciso que el lector se interrumpiera á sí mismo en medio de su faena, y, descendiendo de aquellas esferas de luz, adonde el genio de la Santa le había insensiblemente elevado, esgrimiera él la pluma y procurara estampar sobre el papel algo, no más que algo, de lo que en aquellos momentos contemplaba y cautivaba su corazón. Sólo así se convencería de lo difícil que es para la humana inteligencia tocar al terreno psicológico sin envolverse en un mar de confusiones; y, cuando este obstáculo queda superado, lo árduo que es también luchar á brazo partido, con la imaginación para sensibilizar las ideas, con el corazón

para sentirlas, y con la lengua para expresarlas. Pues ¿qué será remontarse de un sólo vuelo al asombroso mundo del espíritu, asentar en él su morada, y llevarnos, como de la mano, por aquellas misteriosas regiones de lo ideal, haciéndonos conocer los habitantes que las pueblan, las escabrosas sendas que recorren, los peligros á que se exponen, las batallas que riñen y los triunfos con que se coronan?

Porque, bien considerado, este es el bello ideal que la Seráfica Madre incesantemente persigue, y los resplandores, que su pluma arroja, son tan copiosos, tan vivos y penetrantes, que en aquel camino de espesas tinieblas nada pasa inadvertido para el caminante que con tal guía le recorre. No hay ondulación de terreno en que no repare, ni inmensa llanura, cuya extensión no abarque, ni paisaje de que no goce, ni plantas, flores y frutos, cuyo embeleso no sienta, cuyo embalsamado aroma no perciba. ¡Mujer maravillosa y sin par en la historia de la humana inteligencia! Para ella el alma es un castillo de diamante, en cuyo centro se eleva el trono donde se asienta la Majestad de Dios; las moradas que le circundan son las diversas mansiones porque atraviesa el espíritu, cuando se reconcentra dentro de sí mismo en busca de ese Dios que anhela; las potencias son los alcaides, y mayordomos, y maestresalas de este real Palacio; los sentidos la servidumbre del soberano Rey, y las alimañas que rodean la cerca del Castillo, son las pasiones que penetran en pos de nosotros á las primeras moradas, y, en general, todas las ocasiones de pecado.

49. He aquí al mundo ideal magníficamente simbolizado. Mas ¿qué sucede en ese Castillo? Allí ¿cómo se vive? ¿Qué pasa? Allí comienza el alma por replegarse sobre sí misma en la oración de recogimiento, para acabar luego por remontarse hasta el tálamo de la divinidad en el vuelo del espíritu; allí vése á las potencias seguir diversos, y á veces encontrados rumbos, para terminar por unirse todas en Dios á quien buscaban. Allí el entendimiento, unas veces vislumbra *soñoliento* el sumo Bien, á manera de enfermo febricitante que *delira*; otras, íntimamente unido á la suma Verdad que extático contempla, duerme el *sueño* de la paz y del amor sin tener casi fuerzas para gozar del Bien que posee; otras, en fin, *muerto* á la actividad propia, arrobado, deificado, comienza á participar en esta vida de la glorificación sin término que en la otra le espera, y su pupila se ensancha por la voluptuosa fruición que en aquel estado experimenta, para recibir los torrentes de luz con que el sumo Glorificador embriaga á sus escogidos. Allí la voluntad, fría y versátil por naturaleza, truécase poco á poco en brasa de encendido amor, incontrastable á las lluvias del desconsuelo y la tribulación. Calientase primero en la *oración de quietud* bajo la influencia del Sol divino que la embiste, inflámase luego con los ardores de la *oración de unión*, y se derrite, por fin, en amorosos deliquios, cuando el Señor, abatiéndose hasta ella, la une consigo, como dulce esposo, en vínculo indisoluble de caridad. Allí la imaginación, independiente y altanera, entabla desde el principio cruda guerra contra las otras po-

tencias, complácese en desobedecer sus mandatos y perturbarlas en el pleno goce de sus deleites; mas acaba por quedar subyugada al magnético influjo del silbo divino que la llama. Allí los sentidos, acostumbrados á vivir derramados y á ser siempre portadores de ilusiones nuevas, sirven al principio de mal grado á la razón, y soportan con dificultad el yugo de su imperio; pero inmólanse después con heroísmo en pro del bienestar del alma, y terminan por entrar á la parte de los sabrosísimos deleites en que ella misma se anega. Ved aquí, reducida á términos concisos, la Psicología mística de Santa Teresa de Jesús. La cual se representa al alma con una intuición tan bañada de esplendorosa claridad, que no hay ojos que no vean lo que ella quiere hacerlos ver, ni corazón que no sienta lo que ella quiere hacerle sentir.

50. Y notad, que, quien esto escribe, no es ningún teólogo consumado, ni filósofo profundo, ni eminente literato, no es ni siquiera un hombre; es una mujer, ignorante, sin letras, sin mundo, reclusa en un monasterio y apartada por completo del trato social. Niña, vivió en casa de sus hidalgos padres, retirada y enfermiza; adolescente, pasó del hogar al claustro, no para escribir, sino para orar y hacer penitencia; ocupada en esto, pasó la juventud; en esto llegó á la edad madura; y cuando ya, al trasponerse el sol de su vida, una voz, que para ella representaba la voz de Dios, mandale escribir algo sobre la oración, empuña la pluma, y en el espacio de tres meses traza ese portentoso cuadro intelectual con tan gallardo

estilo, lenguaje tan nítido, expresión tan centellante, que lo que antes de ella, ni los sabios podían entender, con su libro en la mano es de obvia comprensión hasta para las inteligencias más vulgares. Eso es ser literato, sin saber de letras; eso es ser artista, sin conocer el arte; eso, digámoslo claro, es sentir arder en la mente la llama chispeante que crea, y hervir en el corazón el fuego sagrado que calienta y vivifica. Venid, venid, los que os entusiasmáis ante el profundo talento de esos sabios, que, allende el Rhin, procrean nuevos sistemas filosóficos á cada luna y aun á cada sol. Abrid sus libros, hojead y leed. Leed, si es que podéis terminar la primera página, sin que el hastío, que provoca su ininteligible algarabía, os haga caer el libro de las manos. Cada palabra es un arcano, un enigma cada frase, cada período un misterio. ¿Por qué así? Entiendo la imprescindible necesidad, en que se encuentran esos nuevos zurcidores de herejías, de explotar la oscuridad del estilo para encubrir con ella la gusanera de sandios despropósitos, que bulle en cerebros tan contrahechos; mas á todos esos entusiastas admiradores de cabezas huera, que se abroquelan con la oscuridad de las materias psicológicas para defender á sus patronos, contesto yo mostrándoles con el dedo el libro de las *Moradas*. Ahí tenéis esas páginas donde se desentrañan las más recónditas funciones anímicas, y son claras como las aguas de arroyo cristalino. Ahí tenéis ese libro, profundo y sublime como el que más, y que, sin embargo, lo mismo puede ser leído en el gabinete del sabio, que en el hogar del idiota; lo mismo bajo el

artesonado de fastuoso prócer, que bajo el techo pajizo de harapiento mendigo.

51. Y al llegar aquí permitid, que, tomando pie de la doctrina racionalista cuya excentricidad combato, me haga cargo de una opinión, por desgracia bastante acreditada entre el vulgo de los incrédulos. Digo entre el vulgo de los incrédulos, porque los que se precian de algún talento, y realmente le tienen, si no la rechazan con indignación, la compadecen, por lo menos, y la acogen con sonrisa de burla desdeñosa. Según ellos, Santa Teresa de Jesús fué una sublime soñadora, mas soñadora al fin. La melancolía, el histerismo, la exaltación de la imaginación, las circunstancias de raza, sexo, temperamento, educación, todo se ha amontonado y traído á cuento para explicar lo que es humanamente inexplicable, el sobrenaturalismo de su vida y de sus escritos. ¿Qué contestar á tan ridículas y extravagantes explicaciones? El sarcasmo ó el ridículo desdén del racionalista Mr. Rousselot (1) es la única respuesta que debiera otorgarse á estos fisiólogos falsos y verdaderos soñadores; mas, dejando para otros la sátira y la burla, ¿cómo es, pregunto yo, que, teniendo á la mano tantas y tan satisfactorias explicaciones de este misterio, la divergencia de opiniones entre los mismos racionalistas y el afán por

(1) Véase la obra citada *Les Mystiques Espagnols*. No quiere decir esto que yo apruebe la solución dada por este escritor al problema en cuestión; antes bien me parece tan ridícula como las que él impugna, no obstante el juicio crítico que de él hace el Sr. Canalejas.

inventar otras nuevas es cada vez mayor? Y, entrando más en el fondo de la cuestión, si el histerismo es tan fecundo procreador de grandiosas concepciones, ¿no es verdad que la Salpêtrière de París debiera ser un fecundo seminario de Teresas de Jesús? ¿Cómo, pues, hasta ahora no ha habido más que una? ¿Cómo en este siglo de magnetismo y sonambulismo, de ataques de nervios y exaltación frenética de la fantasía, nadie concibe lo que ella concibió, nadie escribe lo que ella escribió, nadie hace lo que ella hizo, nadie sueña lo que ella soñó? ¡Donosa invención, por cierto, la de estos imbéciles filosofantes, dar por causa de un prodigioso sistema doctrinal, la que, obrando hoy entre nosotros con todo el vigor de su energía, sólo produce aberraciones y desbarros intelectuales! Por el aprecio en que debéis tener vuestra estimación propia, por vuestro honor, por el respeto que debe mereceros el público, leed los escritos de la Santa antes de pronunciar juicios tan insensatos. Leed su *Vida*, y veréis, que, en vez de entregarse con impremeditado entusiasmo en los brazos del Señor que la llamaba hacia sí, el estado de aquella alma en el primer tercio de su vida religiosa fué de recelo, de sobresalto, y ¿lo diré? de tenaz resistencia á los dones sobrenaturales que por todas partes la asediaban; leed sus obras doctrinales, y oiréis resonar en casi todas sus páginas la voz de alarma contra la fantasmagoría de la imaginación y los antojos de la vanidad presuntuosa; leed, por último, sus Cartas, y estudiad en ellas aquel corazón sencillo, candoroso é incapaz, no digo de

mentir, pero ni aun de exagerar y dar importancia á cosas que en sí no la tienen. Y, si después de haber leído y meditado todo esto, perseveráis en llamarla soñadora, «soñad vosotros, os diré yo, como ella soñaba, y el pueblo, cuyo voto en tanto estimáis, la humanidad, como vosotros decís, os levantará, no lo dudéis, del polvo miserable en que os arrastráis, hasta el altar donde os adoren postradas las generaciones todas por venir.»

52. No insisto más sobre este punto, por no permitirme la extensión ya demasiada de este trabajo, y así paso á decir cuatro palabras sobre la forma del arrebató místico que centellea en los escritos de la Santa Madre. Para entender cuán excelente y prodigioso fué, conviene estudiar el corazón de Santa Teresa, no sólo en lo que tuvo de divino y sobrenatural, sino también en lo que tuvo de natural y humano, porque la gracia no destruye, sino que perfecciona y enaltece la naturaleza. Ahora bien, fué aquella edad para España la de los genios grandes y grandes corazones. Para mí la espada de Gonzalo de Córdoba en las márgenes del Garellano; la políglota de Cisneros salida de las vírgenes prensas de Alcalá; la tea con que Hernán Cortés pegó fuego á las naves al pisar las playas del nuevo continente; las Constituciones con que Ignacio de Loyola dotó á la Compañía de Jesús; el Crucifijo de Javier esclavizando bajo el yugo de Cristo la cerviz de un nuevo mundo; la pluma de Fray Luis de León desarrollando el grandioso pensamiento de los Nombres de Cristo; el lapiz de Herrera

trazando sobre el papel la octava maravilla del mundo; las obras de Suárez abarcando todo el saber de la escuela; el pincel, en fin, de Velázquez robando á la naturaleza todo su encantador realismo, son símbolos de otros tantos genios, arrojados por la mano omnipotente del Altísimo al suelo de España, para galardonarla los torrentes de sangre vertida por la fé en la cruzada de siete siglos que sostuvo contra el Islam. Pues bien, una de esas almas, uno de esos genios, uno de esos corazones fué el alma, el genio, el corazón de Teresa de Cepeda. Lo que fué el de Teresa de Jesús yo no sé cómo decirlo. Fingíos, no un corazón de esos que ahora llaman grandes y sólo son pozos sin suelo de lacería y egoísmo; ni tampoco un corazón de esos que ahora por todas partes pululan, gigantes para obrar el mal y enanos para obrar el bien; á veces irresolutos, á veces temerarios; fríos hoy y volcánicos mañana; sino un corazón generoso sin par, ardiente como ninguno, emprendedor como el que más: derramad luego sobre él todo el tesoro de riquezas encerradas en el abismo insondable de las divinas misericordias, y habréis entendido algo de lo que fué el corazón de Teresa de Jesús. Poned ahora este corazón bajo la influencia de una inteligencia vigorosa y en frente de su Dios. Entended bien lo que digo, en frente de su Dios. Porque el Dios de Teresa de Jesús no es el teórico Armonizador del universo, soñado por los modernos deistas, y que vive olvidado de los hombres; ni el Dios impersonal, fingido por el panteísmo conceptualista é incapaz de amar y ser amado, sino el Dios de la Iglesia Católica, personal

en su ser, personal en su acción, y personal, sobre todo, en las relaciones amorosas que sostiene con el alma. Ponedle en frente de ese Dios, padre suyo, amigo suyo, su pastor, su hermano, su esposo, que vive del amor, y que de amor moriría, si de algo pudiera morir. ¿Qué creéis vosotros que sentiría? ¿qué desearía? ¿qué haría? ¿Sabéis qué? Estallar de amor. Y estalló, en efecto, aquel volcán; y la lava de ardorosos afectos desbordóse por sus escritos, impregnándolos de unción, amor y arrebato místico; y salieron de su pluma trozos, como hasta entonces no se habían escrito, como no se han escrito hasta ahora, como jamás acaso se escribirán. ¿Queréis ver una prueba de lo que estoy diciendo? Oíd cómo describe la admirable transformación del alma, que se obra en la oración de unión, cuando Dios la sube hasta el ósculo de su boca.

53. «¡Bendito seáis por siempre, Señor, alábenos todas las cosas por siempre! Quered ahora, Rey mío, suplicóoslo yo, que, pues, cuando esto escribo, no estoy fuera de esta santa locura celestial por vuestra bondad y misericordia (que tan sin merecimientos míos me hacéis esta merced); que (lo) estén todos los que yo tratara locos de vuestro amor, ó permitáis que no trate yo con nadie, ú ordenad, Señor, como no tenga ya cuenta en cosa del mundo, ó me sacad de él. No pueda ya, Dios mío, esta vuestra sierva sufrir tantos trabajos como de verse sin Vos la vienen; que, si ha de vivir, no quiere descanso en esta vida, ni le déis Vos. Querría ya

»ésta alma verse libre: el comer la mata, el dormir la
 »congoja, ve que se pasa el tiempo de la vida en re-
 »galo, y que nada ya la puede regalar fuera de Vos;
 »que parece vive contra natura, pues ya no querría
 »vivir en sí, sino en Vos. ¡Oh verdadero Señor y glo-
 »ria mía, qué delgada y pesadísima Cruz tenéis apa-
 »rejada á los que llegan á este estado! Delgada porque
 »es suave, pesada porque vienen veces que no hay
 »sufrimiento que la sufra, y no se querría jamás ver
 »libre de ella, si no fuese para verse ya con Vos.
 »Cuando se acuerda que no os ha servido en nada, y
 »que viviendo os puede servir, querría carga muy
 »más pesada, y nunca hasta la fin del mundo morir-
 »se: no tiene en nada su descanso á trueque de hace-
 »ros un pequeño servicio, no sabe qué desee, mas
 »bien entiende que no desea otra cosa sino á Vos» (1).
 Y más adelante. «¡Oh, Señor mío, qué bueno sois!
 »¡Bendito seáis para siempre! ¡Alábenos, Dios mío,
 »todas las cosas, que así nos amásteis, de manera
 »que con verdad podamos hablar de esta comunica-
 »ción, que aun en este destierro tenéis con las almas!
 »Y aun con las que son buenas es gran largueza y
 »magnanimidad; en fin, muestra, Señor mío, que dáis
 »como quien soís. ¡Oh largueza infinita, cuán magní-
 »ficas son vuestras obras!... ¡Pues que hagáis á almas
 »que tanto os han ofendido mercedes tan soberanas!
 »Cierto á mí me acaba el entendimiento, y cuando
 »llego á pensar en esto no puedo ir adelante. ¿Dónde
 »ha de ir que no sea tornar atrás? Pues daros gracias

(1) *Vida*, cap. XVII.

»por tan grandes mercedes no sabe cómo. Con decir
 »disparates me remedio algunas veces. Acaéceme
 »muchas, cuando acabo de recibir estas mercedes ó
 »me las comienza Dios á hacer... decir: Señor, mi-
 »rad lo que hacéis, no olvidéis tan presto tan grandes
 »males míos; ya que para perdonarme los hayáis
 »olvidado, para poner tasa en las mercedes os suplico
 »se os acuerde. No pongáis, Criador mío, tan precioso
 »licor en vaso tan quebrado, pues habéis ya visto de
 »otras veces que lo torno á derramar. No pongáis
 »tesoro semejante donde aún no está, como ha de
 »estar, perdida del todo la codicia de consolaciones
 »de la vida, que lo gastará mal gastado. ¿Cómo dáis
 »la fuerza de esta ciudad y llaves de la fortaleza de
 »ella á tan cobarde alcaide, que al primer combate
 »de los enemigos los deja entrar dentro? No sea tanto
 »el amor, Rey eterno, que pongáis en aventura joyas
 »tan preciosas. Parece, Señor mío, se da ocasión para
 »que se tengan en poco, pues las ponéis en poder
 »de cosa tan ruin, tan baja, tan flaca y miserable, y
 »de tan poco tomo; que, ya que trabaje para no las
 »perder con vuestro favor (y no es menester peque-
 »ño, según yo soy), no puede dar con ellas á ganar
 »á nadie. En fin, mujer y no buena, sino ruin. Parece
 »que no sólo se esconden los talentos, sino que se
 »entierran en ponerlos en tierra tan astrosa. No soléis
 »Vos, Señor, hacer semejantes grandezas y mercedes
 »á una alma, sino que aproveche á muchas. Ya sabéis,
 »Dios mío, que de toda voluntad y corazón os suplico
 »y he suplicado algunas veces, y tengo por bien de
 »perder el mayor bien que se posee en la tierra, por-

»que las hagáis Vos á quien con este bien más aproveche y crezca vuestra gloria» (1).

54. ¡Qué sentimientos tan levantados! ¡Renunciar á lo único que la puede hacer feliz, sin lo que no puede vivir, ni alentar, ni ser! ¡Pedir al Señor que se aparte de ella, mujer y ruin, que retire sus dones, que los prodigue á otros, que quiere ser infeliz y desventurada para acrecer algo la gloria de quien tanto la ama! Esto sólo puede escribirse por un corazón endiosado, y con la pluma ungida en la sangre que mana del costado abierto de Dios. ¡Qué extraño, que, para ayudar algo al corazón en la expresión de sentimientos tan sublimes, llamase en su auxilio á la fantasía, y esta prodigase á manos llenas los símiles, acudiendo á las plantas y á las flores, á las fuentes y mares, á los gusanos de seda, á los pájaros y las mariposas, á todo cuanto es de uso familiar y conocido, para sensibilizar ideas y afectos, que casi no pueden sensibilizarse por lo sublimes que son!

55. Mas quiero notar aquí una propiedad, en la cual muchos no han parado mientes, y que, sin embargo, es, á mi juicio, la más característica del arrebatado místico de la Santa: la ternura y delicadeza de los afectos, junto con un delicioso y encantador abandono en el estilo. Páginas hay en sus escritos de tan fina y conmovedora suavidad, que, para escribirlas, no basta ser literato, ni genio, ni Doctor místico; es

(1) *Vida*, cap. XVIII.

preciso ser mujer. Y es la razón, que ciertas dotes literarias, sobre todo aquellas que atañen al corazón, no se aprenden ni se adquieren, nacen con el escritor mismo, y están misteriosamente enlazadas con la organización fisiológica, que le cupo en suerte al abrir los ojos á la luz. Ni ¿cómo puede esto causarnos extrañeza, cuando tanto influyen en la educación literaria el suelo en que nacemos, las auras que respiramos, el sol que nos alumbra, las personas con quienes tratamos, el medio, en fin, en que vivimos y nos movemos? El sexo y las condiciones inherentes al organismo de la mujer, casi nunca pueden por eso ocultarse de manera, que, á través del ropaje con que se encubran, no se transparenten. Hay notas en los afectos humanos que nunca dan las fibras del corazón del hombre, ó, por lo menos, no las dan con esa limpieza y ternura propias del corazón femenino. El hombre siente, mas su sentimiento va siempre revestido de cierta virilidad que le roba en finura tanto como le comunica de fuerza y vigor. Así se explica que los escritos de la Seráfica Doctora tengan siempre un dejo de vaporoso é indefinible encanto, á cuyo influjo es imposible resistir. Y no está en las palabras, ni en las frases, ni en el período, ni siquiera en el pensamiento que expresa; es algo que bulle allí desleído, y que el alma aspira, y la recrea, y conmueve é hinche todos sus senos de suavidad, como aroma impalpable y oloroso, que se dilata por los átomos de aire que respiramos. Ved aquí una prueba de lo que estoy diciendo:

56. «Representad al mismo Señor junto con vos,

»dice en el *Camino de Perfección*, y mirad con qué
 »humildad os está enseñando, y, creedme, mientras
 »pudiéredes, no estéis sin tan buen amigo. Si os
 »acostumbráis á traerle cabe vos, y Él ve que lo ha-
 »céis con amor, y que andáis procurando contentarle,
 »no le podréis, como dicen, echar de vos. No os fal-
 »tara para siempre, ayudaros ha en todos vuestros
 »trabajos; tenerle heís en todas partes... No os pido
 »ahora que penséis en Él, ni que hagáis grandes y de-
 »licadas consideraciones con el entendimiento; no os
 »pido más de que le miréis. Pues ¿quién os quita
 »volver los ojos del alma, aunque sea de presto si no
 »podéis más, á este Señor? ¿Pues podéis mirar cosas
 »muy feas, y no podéis mirar la cosa más hermosa
 »que se puede imaginar? Si no os parece bien, yo os
 »doy licencia que no le miréis, pues nunca, hijas,
 »quita vuestro Esposo los ojos de vosotras. ¿Háos
 »sufrido mil cosas feas y abominaciones contra Él,
 »y no ha bastado para que os deje de mirar; y es mu-
 »cho que, quitados los ojos de estas cosas exteriores,
 »le miréis algunas veces á Él? Mirad que no está
 »aguardando otra cosa, como dice la Esposa, sino
 »que le miréis. Como le quisiéredes, le hallaréis.
 »Tiene en tanto que le volvamos á mirar, que no
 »quedará por diligencia suya. Así, como dicen, ha
 »de hacer la mujer para ser bien casada con su ma-
 »rido, que, si está triste, se ha de mostrar ella triste,
 »y si está alegre, aunque nunca lo esté, alegre. Mirad
 »de qué sujeción os habéis librado, Hermanas. Esto,
 »con verdad, sin fingimiento, hace el Señor con nos-
 »otras; que Él se hace sujeto, y quiere que seáis vos

»la señora, y andar Él á vuestra voluntad. Si estáis
 »alegre, miradle resucitado, que sólo imaginar cómo
 »salió del sepulcro, os alegrará. Mas ¿con qué clari-
 »dad, y con qué hermosura, con qué majestad, qué
 »victorioso, qué alegre, como quien tan bien salió de
 »la batalla, adonde ganó un tan gran reino que todo
 »lo quiere para vos! ¿Pues es mucho que, á quien
 »tanto os da, volváis una vez los ojos para mirarle?
 »Si estáis con trabajos ó triste, miradle camino del
 »huerto, qué aflicción tan grande llevaba en su alma;
 »pues, con ser el mismo sufrimiento, la dice y se
 »queja de ella. Y miradle atado á la columna, lleno
 »de dolores, hechas sus carnes todas pedazos por lo
 »mucho que os ama: perseguido de unos, escupido
 »de otros, negado de sus amigos, desamparado de
 »ellos, sin nadie que vuelva por Él, puesto en tanta
 »soledad que el uno con el otro os podéis consolar...
 »Miraros ha Él con unos ojos tan hermosos y piado-
 »sos, llenos de lágrimas, y olvidará sus dolores por
 »consolar los vuestros, sólo porque os váis vos con
 »Él á consolar y volváis la cabeza á mirarle. ¡Oh
 »Señor del mundo, verdadero esposo mío! le podéis
 »vos decir, si os ha enternecido el corazón de verle
 »tal, que, no sólo queráis mirarle, sino que os hol-
 »guéis de hablar con él, no oraciones compuestas,
 »sino la pena de vuestro corazón que la tiene Él en
 »mucho. ¿Tan necesitado estáis, Señor mío y bien
 »mío, que queréis admitir una pobre compañía como
 »la mía, y veo en vuestro semblante que os habéis
 »consolado conmigo? Pues, ¿cómo, Señor, es posible
 »que os dejan solo los ángeles y que aún no os con-

»suela vuestro Padre? Si es así, Señor, que todo lo
 »queréis pasar por mí, ¿qué es esto que yo paso por
 »Vos? ¿De qué me quejo, que ya hé vergüenza de que
 »os he visto tal? Que quiero pasar, Señor, todos los
 »trabajos que me vinieren, y tenerlos por gran bien,
 »é imitaros en algo. Juntos hemos de andar, Señor:
 »por donde fuéredes tengo de ir, por donde pasáredes
 »tengo de pasar. Tomad, hijas, de aquella Cruz; no
 »se os dé nada de que os atropellén los judíos, porque
 »El no vaya con tanto trabajo. No hagáis caso de lo
 »que os dijeren; hacéos sordas á las murmuraciones;
 »tropezando y cayendo con vuestro esposo, no os
 »apartéis de la Cruz ni la dejéis.» Este bellissimo trozo
 literario, lleno de sentimiento é inimitable delicadeza,
 y que no es, en último término, más que una flor
 arrancada del ramillete de sus obras, basta para
 evidenciar mis afirmaciones anteriores. Aquí huelga
 toda alabanza; todo elogio de mi pluma no serviría
 sino para deslustrar el finísimo esmalte de esa joya
 literaria. Renuncio, pues, á ampliaciones inútiles, y
 termino.

57. Mi insuficiencia y los estrechos límites á que
 se ve circunscrito el ingenio del escritor en trabajos
 de esta índole, no me han permitido explicar ciertos
 puntos, que sólo he tocado ligeramente. Consuéleme
 la consideración de que los que vengan en pos de mí
 ahondarán más que yo en el conocimiento de las
 obras de la Santa, y sacarán á luz el tesoro inagota-
 ble de riquezas que en ella se encierra. Creo, no obs-

tante, que lo expuesto hasta aquí me da derecho á
 terminar esta disertación con las mismas palabras
 que la comencé. «En medio del conflicto de opinio-
 »nes que la lectura de Santa Teresa puede suscitar,
 »sobrenada siempre la verdad de un hecho, incontro-
 »vertible para todos y hasta el día de hoy incon-
 »trovertido: el mérito verdaderamente excepcional
 »que los sabios de todas las escuelas les reconocen.»
 ¡Oh! sí, todos reconocen que esta mujer se levanta en
 extremo sobre los términos comunes. Ilustre, aun
 entre aquellas cuyo nombre registra el mundo en sus
 anales, podráse disputar en cuanto al género de su
 celebridad; pero no, si la toca, allí donde la fijen, un
 lugar preeminente. Contada por los incrédulos entre
 las ilusas, la aclamarán la ilusa más insigne: será ex-
 cepcionalmente fanática ó supersticiosa para los que
 la juzguen ignorante y crédula; amable ó uraña, dócil
 á misteriosos halagos ó aquejada de mortal misan-
 tropía, donde quiera que se la clasifique, figurará como
 el más alto y acabado modelo. Su carácter se imagina
 siempre como un prototipo, su nombre se pronuncia
 como el nombre de un genio, descubierta la cabeza.

Este, con ser tan honroso, es el juicio más desfa-
 vorable que de la Santa pueden formarse el error y
 la preocupación; mas para vosotros, á quienes el sol
 de la verdad católica ilumina, para vosotros, que no
 debéis mirar á Santa Teresa á través del prisma del
 error y las opiniones preconcebidas que entebrecen
 ó desfiguran los objetos, la Seráfica Doctora debe ser
 algo más, mucho más, infinitamente más que un ge-
 nio en el mundo intelectual. Prodigios de talento ha

habido muchos; Teresas de Jesús no ha habido más que una. Y es, que el genio en ella *sólo sirvió de engaste á las perlas de preciosísimos dones, con que el divino Espíritu la embelleció*; sólo sirvió de pedestal soberbio, sobre el cual elevóse la estatua colosal de su espíritu, compendioso conjunto de las riquezas sobrenaturales, que en los senos de la divina Misericordia se atesoran. Sin ellas la gloria de esta mujer portentosa, ni puede explicarse, ni aun siquiera concebirse; y los que tal se la imaginan, irrogan á su nombre una injuria, que á sabiendas nadie puede irrogarle. ¿Que hubiera sido Teresa de Cepeda, lanzada á la profesión de escritora, sin la llama de vivísima fé que inundó de luz su entendimiento y abrasó en fuego su corazón? Como literata, acaso menos que madama Sevigné; como pensadora, menos acaso que madama Stäel. Pero el espíritu del Señor cernió las alas sobre ella, agigantó su espíritu; y la gloria de su nombre hace aparecer pigmeos los genios de las mujeres que la precedieron; la esplendente aureola de su frente anubla el esplendor de toda otra aureola. Tal es la raíz de donde germinó planta tan generosa. Así lo creyeron nuestros padres, así lo confesamos sus hijos, y así se lo enseñaremos á las generaciones por venir con nuestras palabras y nuestros hechos. Para nosotros Santa Teresa de Jesús es un astro de primera magnitud, lanzado por la mano del Omnipotente en las tinieblas del espacio, á fin de adornar el sereno cielo del astecismo católico; es un faro luminoso erigido sobre la peña viva de la verdad, para esclarecer el peligroso derrotero que guía al puerto de la mística

perfección; es el florón máspreciado de la corona con que plugo á la divina Bondad ceñir las sienes de nuestra madre patria. Sí, de nuestra madre patria, de España, que, al fin y al cabo, sangre española fué la que latió en sus venas, sol español el que la alumbró al nacer, mano española la que mecía su cuna, suelo español y sólo español, el que siempre pisó; españoles los que formaron su espíritu, los que la sostuvieron en sus combates y la ayudaron en sus empresas; tierra española, en fin, y tierra salmantina, la que recibió al morir sus venerables restos, la que los conserva con orgullo, los honra con filial piedad, los enaltece con pomposas solemnidades; la que por conservarlos, honrarlos y enaltecerlos, prodigará, si necesario fuese, sus tesoros, verterá su sangre é inmolará la vida de sus hijos y su propia vida.

HE DICHO.

A. M. D. G.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
SECRETARÍA GENERAL DE BIBLIOTECAS

B
M
C

